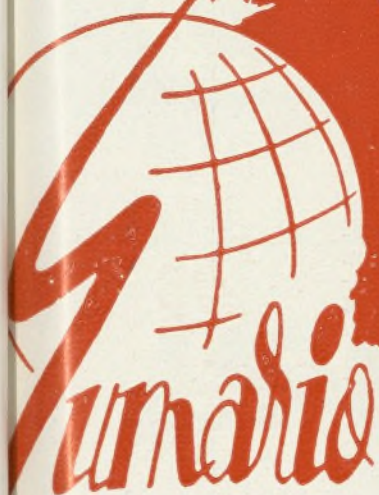


GENIIT

— sociología —
— ciencia — literatura



Sumario

- Plácido Bravo : ¿Ser, qué?
Fontaura : La sonrisa de
Paris.
Floreal Ocaña : De Schu-
mann y Vatzlav Nijinsky
a nuestros días.
Eugen Relgis : De mi ca-
lendaro.
Felipe Alaiz : Origen y me-
ta de la gran propiedad
triguera de Aragón.
Angel Samblancat : Maes-
tria de España.
Campio Carpio : Bajo el
arco del cielo.
Abarrategui : Y Cristo en
alpargatas.
Han Eyner : El tesoro.
Puyol : Mandarrón y Can-
dilico.
M. C. : El universo de Alaiz.
Miguel Celma : La vida y
los libros.
Denis : El gobernador.
Miguel R. : Historia de un
perrito español.

147

MARZO · 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 100 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

La caridad, tal como la practica el catolicismo, es la forma más degradante de la solidaridad. Es decir, es la antítesis de la solidaridad.

Impotencia, miseria, animalidad, todo lo antípodo de lo que debería ser el hombre civilizado en un mundo civilizado, tal es el estado al que queda reducido el que se pliega a la vida de por-diosero, el que se rebaja a vivir de la mendicidad, el que se conforma con la caridad ajena, aunque ésta se practique en su forma más hipócrita como resulta ser el salario. Hombre reducido a mercancía.

Ernesto Barlach, escultor de la piedra, cuya imagen reproducimos, ha sabido interpretar perfectamente todo el horror de la sociedad actual creadora y animadora de mendicidades. El hombre, reducido a dos brazos famélicos y postrados, es una condena formal que hace a los poderosos de la tierra, a los adinerados, a los que medran más de lo que necesitan, a costa, claro está, de la miseria ajena. A través del cincel, Barlach, la humanidad pobre, parias, ilotas, asalariados, todos los desposeídos del patrimonio universal, acusan y denuncian...

La pobreza no es más que consecuencia lógica a la que conduce la desigualdad, la jerarquía, el favoritismo. Pero también prometen.

Prometen los inconformistas que no cesarán la lucha porque ellos no quieren ni admiten el estado en que vive buena parte de la humanidad, en particular la que todo produce.

Ni apagar la mano, ni de rodillas.

Antes al contrario, contra los hambreadores, contra los adinerados, contra los explotadores...

¡Lucha de clases!

Tal como reza el himno de los internacionalistas, llegará día en que los obreros, los productores se pondrán en pie, que los pobres del mundo se levantarán y harán la revolución social, indispensable para que desaparezca lo infrahumano de la sociedad actual.

CENT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, René Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Marzo 1963

Nº 147

¿SER, QUE?

DESNUDOS. En efecto, tales parecen ser los lienzos literarios más en boga y cotizables. Sobran velos y pámpanos púdicos. Basta ya de intrigas traídas por los pelos y afectos con afeites; decoros que sólo se mantienen a base de decoraciones de cartón y celulosa, y epílogos del drama humano calcados a lo *happy end*.

Y si Tartufo no se escandaliza y empeña en usar gafas rosadas para mirar paisajes tenebrosos, o necesita espejos que deformen su monstruosidad para enfrentarse consigo mismo, tanto peor para él.

Nada de murmullos oratorios para evadirse, menos aún justificarse a base de razones sinuosas. Dialéctica y teología todo al mismo saco.

La verdad amoral; sin preocupaciones utilitarias o estéticas. La verdad objetiva, sea o no fotogénica.

Mostrarse desnudo en sus actos. Ofrecerse sin restricciones; tal cual, con sus instintos y pasiones, con sus sentimientos y deseos, con sus ideas y caprichos. Más allá del bien y del mal. Todo menos el lobo con disfraz de cordero, o el asno con gafas de académico.

En la caverna del infundio se fragua la perdición de la sociedad. Esta se mueve por los empujones que le dan ciertos valores ficticios. Babel en la que nadie se entiende porque muchos callan lo que saben —que otros no más presienten— cuando no dicen lo contrario para despistar la caravana en el caótico desierto. Baile de máscaras en el que nadie se reconoce, facilitando el engaño, al cual así pueden darle visos de error.

Ser lo que se es. ¿Nada más?

Pues ya es mucho, con ser tan poco.

Porque lo corriente es ver sombras de hombres; complejos nacidos de reflejos —tal aquel envidioso que el deseo de otro hizo ambicioso—, voces a coro que no son más que ecos. Seres que no pueden siquiera simular lo que no son, pues nunca fueron nada ni nadie. Muñecos de los que tira cualquier maese Pedro. Parecer o no, lo que importa, con o sin apariencias, *a priori*, es ser.

Ser conscientes de nuestras flaquezas y de nuestros vicios, de nuestras fuerzas y de nuestras virtudes. En una palabra: conocernos. Sólo entonces se es algo, y sobre todo puede llegarse a ser más.

Porque es muy poco presentar al mártir literario víctima de su sinceridad, es decir, con toda su abyecta crueldad o con toda su carrera de inmoral, y verle condenado luego por otros desalmados con idénticas taras, pero que han sabido esconderlas con sus togas, con sus sotanas, o con sus uniformes entorchados.

Falta el drama de la conciencia. El que seamos todos culpables, como pretende el existencialismo de Sartre,

puede negar a los jueces el derecho de encausarnos, pero nunca a nuestra conciencia de erigirse para juzgarnos.

Sin ideal propio, sin este metro subjetivo con que nos medimos, y aun vapuleamos a los demás, es imposible la ascensión. Sin él, la prensa voluntarista que eleva e impulsa ciertas acciones, y reprime y refrena ciertos deseos nocivos, nunca entra en funciones. Sin ello nos quedamos a medio camino, entre nuestras bases de partida y la meta a que aspiramos llegar.

Tampoco conviene exagerar la nota. De un extremo a otro, siguiendo el movimiento del péndulo, no es la única forma de no quedarse parado.

Sin recurrir a la hipocresía puede evitarse cierta dosis de cinismo que en determinadas descripciones van explícitamente comprendidas. Puede uno ser discreto con lo íntimo, sin que por ello deba encubrir lo que el público tiene derecho a conocer.

Puede sacarse de la ignorancia sexual a los niños sin que se les aguijonee el deseo sensualista. El estudio anatómico de sus mismos órganos, la ciencia o la naturaleza, ofrecen ejemplos elocuentes sin rebasar ciertos límites.

Además, el rico que hipócritamente se hace el pobre, para que no le pidan, es despreciable; pero, ¿qué decir del rico que ostensiblemente muestra sus riquezas, para que alguien le pida precisamente, y acto seguido darse el gozo de negar o comprar? Pues, sencillamente, que es igualmente aborrecible. En todo caso, ninguno de ellos es consciente de su pobreza, y lejos, el uno tanto como el otro de la verdadera riqueza.

PLACIDO BRAVO



La sonrisa de París

por FONTAURA

HAY en la Sorbonne un cuadro en el que quiso el pintor fijar en la tela un coluquio, frente a la docta casa, entre Descartes y Pascal. El primero, de más edad, atento, grave, escucha y reflexiona. El segundo, joven, aire de petimetre, mundano; no ha sufrido aún el percance de Neuilly; no ha pasado aún por la tremenda crisis espiritual, tras la que escribió ese conjunto de opiniones desconcertantes que son sus «Pensamientos». Refleja Descartes, en su fisonomía, el conocimiento hondo, mesurado, sereno, de su «Discurso del Método». Da la sensación Pascal del «esprit» francés: vivo, elegantes e incisivo a la par. Por asociación de ideas, visitando París, y evocando después, al conjuero de la imaginación, las sensaciones experimentadas, reflejo de la «bella Lutetia»; al trazar una fisonomía psicológica de la gran ciudad, se constata que tiene, como un mágico poliedro, distintas facetas. Y, entre ellas, destacan: la que muestra esa «sagesse», esa sabiduría que, a través de los siglos, ha fijado normas al intelecto universal; y esa viveza de ingenio que sabe dar un papirotazo a las preocupaciones, y burlarse de su propia sombra.

¿Qué se puede decir de nuevo, de original, acerca de París cuando tantas cosas se han dicho, cuando tan maravillosas evocaciones se han hecho de la Ciudad Luz? ¿Qué tendrá que observar que ofrezca novedad, el parisino o quien, sin serlo, ha fijado años de residencia en la capital del Sena? Sin embargo, su encanto consiste en esto: en que siempre se le aprecia renovado y atractivo; en que, igual el visitante de unos días que el más sedentario de sus hijos, descubre siempre nuevos encantos. Y ama la ciudad, y nace en él la nostalgia cuando de ella se ha separado.

Bonafoux, como tantos otros, parisino de adopción, amaba la ciudad con el arrobamiento con que se ama a la mujer en los años de adolescencia. Y al deambular por sus bulevares, por sus plazas, al vagar por paseos y jardines; al ir oteando el horizonte de la urbe, subiendo hacia Montmartre; conociendo, en suma, el París grande y monumental y el sencillo, humilde y pintoresco, creía percibir en todo como una sonrisa amiga. Percibía su sensibilidad, la muestra señera de simpatía concebida a modo de una transfiguración de cariño, reflejado en los seres y en las cosas.

Ciertamente, pueden influir en el ánimo, cuando se evoca París; o cuando, adentrado en su vida, siempre cambiante, inquieta, el individuo crea un oasis de calma, de reflexión en torno a lo que se ha percibido, pueden influir reminiscencias de viejas y nuevas lecturas: primero, esa novelaria folletinesca de misterio y aventura —pasto intelectual de los quince años— y más tarde, la literatura sen-

timental, romántica, y la de análisis psicológicos, frío y preciso como una vivisección. El París de los Ponson du Terrail, Gaboriau, Eugenio Sué y Alejandro Dumas, con príncipes románticos, apaches, costureras bonitas y sentimentales, y aventureros de buena y de mala fe. El de Victor Hugo, con su imprecación de justicia prendida en «Los Miserables» y su cuidada evocación medioeval en su «Notre Dame de París». El de la bohemia de artistas indigentes, ilusos, soñadores, y modistillas graciosas, minadas por la anemia, descrito por Murger y celebrado por Alfonso Daudet con su fantasía de poeta meridional. El de Honorato de Balzac, animado fresco de la ciudad inmensa; reflejo magistral de la urbe y de su hervidero de pasiones. El de Emilio Zola, con su visión de un anarquismo heroico y generoso. El París de Marcel Proust, «en busca del tiempo perdido» y recorbrándolo en un análisis meticuloso, como al microscopio, de tipos vulgares, y de un ambiente de aristocracia con reminiscencias del recoso. El París de nuestros días, multiforme y tentacular, de un Jules Romains. O el de la «pégre» y de la fauna social extravagante, reflejado por los Francisco Carco, Roland Dorgelés o Paul Morand. Queda como un poso en el ánimo: el recuerdo de lecturas; el clisé mental de lo asimilado. Pero, el placer sensorial, el detalle, la nota agradable, el matiz pintoresco, se capta «en flânant» por la ciudad.

Sonrisa de París, que es irónica, melancólica, alegre, amorosa, burlesca, ingenua. Está también la sonrisa falsa, la que busca adular, la de rostro estereotipado, y que, por lo desagradable, por lo repelente, no interesa recoger. Sonrisas que, en policroma variedad emotiva, se perciben desde la encantadoramente ingenua del pequeñín, gordiflón y mofletudo, que, en el Jardín de Luxemburgo, y en un descuido de la mamá, hace aguas menores al pie del empaque mayestático y altivez palaciega de cualquiera de esas reinas que el escultor, con fervor reverencial, cinceló en duro bloque de piedra o mármol, como recuerdo para la posteridad; a la sonrisa irónica del viejo y canoso librero de los «quais», leyendo más libros que vende, escuchando la pedantesca cháchara del cliente engreído, tonto presumido de nacimiento.

El amor que ilumina la sonrisa en los labios de los enamorados que en al tarde plácida de domingo, a orillas del Sena y en plena campiña, miran el agua que pasa; como en el verso de Sully Prudhomme:

*S'asseoir tous deux au bord d'un flot qui passe,
Le voir passer;*

Tous deux, s'il glisse un nuage en l'espace
 Le voir glisser;
 A l'horizon, s'il fume un toit de chaume,
 Le voir fumer;
 Aux elenteurs, si quelque fleur embaume,
 S'en embaumer;

Sonrisas de felicidad en el marco de la evocación de Verlaine:

Comme est toujours joli le paysage,
 Paris au loin, triste et gai, fol et sage.

La sonrisa alegre, de fraterna camaradería, del estudiante parisino, a su colega, el negro tostado, del Senegal, y al de amarillo subido, de Yokohama. La de las muchachas bulliciosas, que en la mañana del día festivo, con sus repletas mochilas, marchan al Bosque de Vincennes, o adonde haya campos, arbolado o floresta, a pasar un día de aire y sol; olvidando la aguja, el dedal, las tijeras, y el rostro avinagrado de «madame» la encargada del taller. La del «gars du batiment», que, removiendo el adoquinado de la calle, le dice chirigotas a la criada que pasa y a los parvulillos que, con la cartera abultando más que ellos, van presurosos a la escuela. La de las alumnas del Instituto, que por el tono declamatorio, campanudo, del profesor, o por su aire de funeral, como un discurso de Bossuet, deducen y aumentan el estado de ánimo del hombre en relación con la cotidiana disputa conyugal en su casa.

Sonrisa burlesca la del joven militante que, en la ocurrencia de vocear «Le Libertaire» en los alrededores de la Magdalena, o en el plácido barrio burgués de Passy, nota el rostro escandalizado de estas gentes pudientes, que leen «Le Figaro» y, naturalmente, consideran el anarquismo como uno de los más tremendos monstruos apocalípticos. La del vagabundo parisino, que deambulando por las barriadas, observa cómo, a una hora fija, fábricas y talleres, inestéticos y grandes como pueblos, engullen a cientos y cientos de obreros y obreras, como manso rebaño; en tanto él vive al margen de leyes, de reglamentación, de sujeción patronal; indomable, refractario a todo y a todos. La del mozo panadero, que trabaja en una de las callejuelas, junto a Saint-Germain-des-Prés, y toma diariamente café en «Le Deux Magots», conoce a existencialistas de todas clases, y sabe que en el suyo, como en el «Café de Flora», se oyen tantas o más gansadas que palabras sensatas por parte de no pocos que pasan, o se hacen pasar, por intelectuales: cultura confusa, como de aluvión, y citas a todo evento, de Sartre y Kierkegaard. La del «chansonnier», criado en el arroyo, y que conoce palmo a palmo La Villete y Menilmontant. Sin el énfasis espectacular de Bruant, canta con desparpajo, en los más populares cafés de Montmartre, «cuplets» satíricos, a la manera de Charles d'Avray o Leo Champion. La del recitador que

conoce todo el repertorio de Jacques Prévert, el rebelde, el poeta iconoclasta del día:

... quand le travailleur s'endort il est bercé par
 [l'insomnie,
 et quand son réveil le réveille
 il trouve chaque jour devant son lit
 la sale gueule du travail
 qui ricane, qui se fut de lui.

Melancólica sonrisa la de la solterona a las amistades que, como ella, acuden al pequeño cementerio, donde están enterrados artistas y poetas. En las tardes festivas del otoño, visita la tumba de Musset. Lleva consigo un libro ya amarillento, encuadernado en piel. Son las poesías completas del autor de «Les Nuits». La del marinero fluvial, que en la cubierta de la gabarra, quieta en las verdosas aguas del canal, «Quai» de Jemmapes, toca el acordeón y recuerda el cambiante paisaje que ha visto viajando a lo largo de ríos y canales. La del viejo, hijo de Paris, lector asiduo de Huysmans, que paseando con otro anciano, al divisar la torre Eiffel, comenta lo que el autor de «Croquis Parisiens» decía de ella: «La torre de Eiffel es verdaderamente de una fealdad que desconcierta». Y evoca con nostalgia los rincones urbanos que conoció en su niñez, y que la piqueta de las reformas ha destruido.

Paris —se dice— es esto, es lo otro, es lo de más allá. Se habla y se escribe en torno a lo que tiene de grande y de bello; en torno a sus pregonados atractivos. Ciertamente, mucho e importante se ha dicho y se puede decir de la antigua Lutecia. Visto u oído lo importante, queda aún lo sencillo, lo que llega al corazón, y que puede tener su expresión en una simple sonrisa.



La psicología y la conducta humana

De Schuman y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

(Continuación.)

Hemos hablado sobre la importancia que damos a ciertas sesiones especiales de cine para enfermos mentales porque, al parecer, en el hospital de Los Angeles, donde estaban internados los tres esquizofrénicos, no usan la terapia ocupacional y la recreativa sin las que no es posible un amplio y afectivo tratamiento psiquiátrico. De que las apliquen o no nada nos dicen los psiquiatras en el informe. A falta de éstas las precitadas películas que proponemos pueden ser grandes auxiliares de los médicos porque, al carecer de espacio, pueden exhibirse en la misma sala de los pacientes o en un salón dormitorio, etc., para uno o más de los mismos. De todas las maneras por lo que nos hablan de lo ocurrido a los tres precitados enfermos mentales deducimos que no adoptan las viejas técnicas psiquiátricas que basánse en el aislamiento de aquéllos peor que si fueran enfermos contagiosos o dementes congénitos peligrosos. Si a los pacientes de Los Angeles les hubiesen tenido aislados, sin poder comunicarse entre sí, normalmente, a sus anchas, sin relación social se hubieran agravado y llegado, seguramente, a la demencia.

Todavía abundan en el mundo los establecimientos con excesivo número de enfermos mentales y poquísimos médicos, que no pueden atenderlos debidamente teniendo que quedar aquéllos al cuidado de unos pocos incompetentes ayudantes-guardianes. Estos «han» de vigilarlos estrechamente y tratarlos con excesiva severidad en salas con sólidas rejas en las ventanas como si fueran presidiarios. Muchísimos pacientes en ese medio deprimente y repelente se alteran y provocan alborotos. Generalmente estos rebeldes son los más cuerdos-ignorados. Y al «caerles mal» a los vigilantes, o porque les dan «demasiado trabajo», y quieren quitárselos de encima, no verlos, los encierran en celdas de castigo. Si se resisten a obedecerlos, a seguirlos, que quiere decir que **comprenden**, que tienen **conciencia** de lo que va a ocurrirles, que no son dementes, entonces con **inconsciencia** bestial, fuera de sí los «ayudantes», como «enajenados» furiosos, los maltratan y los golpean para ponerles camisetas de fuerza. Y obvio es decir que a todos les prohíben tener en su poder utensilios, cosas u objetos que puedan utilizar como armas.

Entre los enfermos mentales que vegetan y sufren en ese ambiente de incompreensión y de represión se producen, muy a menudo, dramáticas y trágicas situaciones, y aumentan y se agravan los casos de claustrofobia, los de manías persecutoras o de «perseguidos», los de automutilación, de fobia incendiaria y de incendiarios, de homicidio y suicidio, de nesofobia, etc. Y la mayoría de los pacientes autoagrediendo o agrediendo ponen al

descubierto, en realidad, que obedecen a impulsos **conscientes**, a hondos anhelos de liberación.

A estas viejas formas de tratar o maltratar a los pacientes, demasiado extendida todavía, se oponen los nuevos hospitales con modernos métodos psiquiátricos que las familias pueden tomarlos como ejemplos para contribuir a prevenir las enfermedades mentales o en la recuperación de la salud mental de sus familiares. Podemos referirnos al Hospital Granja que funciona en Zoquiapan (México) a cargo de la dirección general de **Neurología Salud Mental y Rehabilitación de la Secretaría de Salubridad y Asistencia**.

El precitado establecimiento es una especie de centro familiar más vasto que el común de los hogares. En él todos sus miembros según su vocación, aptitud y habilidades eligen una u otra de las tareas u ocupaciones que se han organizado. Todos se toleran y ayudan, voluntariamente, y los más cabales —médicos y colaboradores— alientan a los menos aptos y juiciosos —a los pacientes— procurando que ni siquiera los más «intemperantes» se irriten o exasperen.

En ese ambiente de fraternal familiaridad el ánimo de curarse se levanta en todos los enfermos mentales. Ni a los más díscolos les violentan, aunque al principio de ser internados se resistan a ser tratados por los especialistas. En libertad de hacer o no algo, observando a los demás sujetos activos de la comunidad que trabajan alegres en lo que quieren se serenán y se «persuaden», por sí mismos, de que si pese a su resistencia a ser tratados **sienten** un bienestar corporal y nervioso del que no gozaban antes más progresarían si colaboraran a su curación. Y esta es la conducta que acaban adoptando **voluntariamente**.

¡Ah si las familias que en su seno tienen algún enfermo mental comprendieran que este sujeto o deudo está padeciendo una enfermedad nerviosa, del cerebro, del órgano más complicado del cuerpo humano —que más atenciones, pues, merece— como otros de sus semejantes sufren enfermedades del riñón, de los pulmones, del hígado, del corazón, etc.!

Cualquier persona buena y razonable piense qué concepto tendría de una familia —o de un sujeto: hermano, hijo, tutor, padre, sobrino, etc.—, que no quisiera a su lado o echara al arroyo, expulsándolo del hogar, directa o indirectamente —haciéndole la vida imposible— a un miembro de la misma porque padece una de estas últimas enfermedades hasta el grado que lo imposibilitan desarrollar actividades normales de trabajo. Por ser más ignorados los trastornos de la mente más pronto abandonados se ven los sujetos que los sufren a veces desde el mismo momento que sólo padecían alteraciones emocionales y acabaron en-

fermando, por perder la salud mental, víctimas de la **incomprensión** y de la **ignorancia**, repetimos, generalmente hablando, de los propios familiares, y no porque éstos sean desnaturalizados, **inhumanos**, que no otra cosa son los que así obran **conscientemente**. En este casi ni de humanitarismo, ni de «piedad cristiana» pueden hacer ostentación: ni de sujetos de sencilla y buena **condición humana** que se comportan bien, con naturalidad, sin blasonar, por considerarlo deber de sociabilidad y de solidaridad, de ayuda mutua.

Cuando las familias han favorecido y permitido, consciente o inconscientemente, que uno de sus componentes enferme sólo en alguno de los raros establecimientos como el Hospital Granja de Zoquiapan puede recuperar la salud mental. En este asisten a 500 —quinientos— pacientes que padecen distintas enfermedades nerviosas. Aquí están destrerradas las rejas, las celdas, la vigilancia exagerada que irrita, solivianta y angustia a los enfermos mentales. Estos disfrutan de toda la libertad «posible», el personal que les atiende «confía» en ellos, y a la mayoría les conceden permisos para visitar a sus familiares semanalmente. Hasta hoy, después de año y medio de experiencias, todos han retornado, y durante ese lapso de tiempo no se ha dado un solo caso de deserción, y se han dado de alta, totalmente curados, a sesenta y dos pacientes.

La terapia ocupacional y recreativa, la aplicación de sistemas o métodos psicoterapéuticos y de rehabilitación tan humanos han permitido que en los enfermos mentales se desarrollen —o adquieran— hábitos de trabajo y fuerza de **voluntad consciente constructiva**. A todos los pacientes les proporcionan cubiertos para comer, herramientas de trabajo y otros objetos y cosas que siempre se les había prohibido usar y tener en sus manos. Y en los dieciocho meses transcurridos ni un caso de acción violenta se ha producido, nada grave ha tenido que lamentarse y se fortalece la corriente científica que se inclina a no aislar a los pacientes y a darles mayores responsabilidades.

El Hospital Granja de México cuenta con teatro, cocina, lavandería, talleres de zapatería, de herrería y carpintería, criadero de cerdos, establo y planta avícola. Y todas las instalaciones son cuidadas, atendidas y usadas por los internos que gozan absoluta libertad de acción.

Cuanto de bueno se inicie y se haga en el terreno científico-humano, en cualquier parte del mundo, los destacamos con sumo gusto, y nos alegra grandemente. A fuer de sinceros reconocemos que los procedimientos o tratamientos psiquiátricos practicados en aquel Hospital —y en otras instituciones asistenciales, preventivas y rehabilitatorias modernas que están funcionando y organizándose en el mismo territorio mexicano— enseñan los mejores métodos a seguir para ayudarnos y ayudar a otros semejantes a recuperar el bienestar emocional, físico y mental, el normal equilibrio de sus vidas hasta el grado que es posible en medio de la «sociedad» agresiva en la que vivimos.

Sin embargo, consideramos que ningún Estado

podrá atacar y vencer, definitivamente, a las enfermedades mentales ni a tantas otras enfermedades engendradas por el medio autoritario. Los hombres de ciencia, con los escasos recursos que se les facilita experimentan y prueban cuánto podría hacerse en bien de la salud mental del género humano rehabilitando a la mayoría de los pacientes en una sociedad que no los «fabricara». Salvar a unos cuantos pacientes que pueden recaer al volver al mismo medio «social» que los hizo enfermar no resuelve el problema.

En la República Mexicana, por ejemplo, hay, aproximadamente, treinta y cinco millones de habitantes. Y si según las estadísticas de la **Dirección de Neurología** una de cada veinte personas necesita asistencia psiquiátrica, significa que las necesitadas de tal tratamiento suman 1.750.000 —un millón setecientos cincuenta mil— personas. Además, en la Primera semana Nacional de Salud Mental, celebrada del 1 al 7 de octubre de 1962, el doctor Manuel Velasco, de la Secretaría de Salubridad y Asistencia de México, declaró que existían 495.000 —cuatrocientos noventa y cinco mil— personas con trastornos diversos. Por otra parte, uno de cada cien niños que nace presenta deficiencia mental. Y conste que en los Estados Unidos, en Asia y en Europa, a causa de las guerras y de los angustiosos periodos de las preguerras, tienen más enfermos mentales que en la República Mexicana. ...y más «delicuentes».

De todas las maneras es un deber social y moral de todos los seres humanos aprovechar los bienes científicos. Y las experiencias que comentamos señalan mucho de lo que deben y pueden hacer las familias en bien de sus respectivos miembros que corren peligro de sufrir —o de los que hayan empezado a padecer— enfermedades mentales si no los atienden oportuna y debidamente.

VALOR DE LA PACIENCIA EN LOS PSIQUIATRAS

En todas las actividades humanas la paciencia tiene un valor inapreciable, pero más valiosa es en el campo de la Psiquiatría. Y hasta las personas que no son especialistas en esta materia y tienen allegados padeciendo enfermedades mentales, han de «armarse» de paciencia, con gran valor humano, si pretenden colaborar, eficazmente, a que en aquéllos despierten y predominen sus sanas y conscientes energías psíquica-mentales y decidan, por sí mismos, curarse encauzándolas adecuadamente.

Ya sabemos que conviene practicar con suma paciencia: que el paciente se desenvuelva en el ambiente más favorable a su caso o estado — que le daremos por bueno si no lo violenta, lo irrita y lo perturba —, con los medios y materiales que sea posible facilitarle para que pueda desarrollar sus actividades constructivas voluntarias. Es así como podrán estudiarse y acercarse a conocer sus reacciones psíquicas, su real estado mental, sus altas y bajas psicológicas positivas y negativas variables — en un mismo individuo y tan distintas, en muchos aspectos, a las de otro sujeto — que irán

aconsejando qué trato conviene darle en cada momento, sin descorazonarse jamás.

Los propios psicólogos y psiquiatras en Londres y en Los Angeles, particularmente, han puesto de relieve que tendrán que fortalecer más su voluntad positiva para no ser víctimas del desaliento que puede ocasionar un largo tratamiento psiquiátrico. No dejamos de reconocer que estos científicos se distinguen, generalmente hablando, por ser — o tener que serlo — personas con buena cultura, poseedoras de naturalezas privilegiadas. Pero aun las mujeres y los hombres que ejercen por vocación la Psiquiatría y la Psicología, al fin humanos, tienen debilidades y desfallecimientos como otros de sus semejantes aunque no tan pronunciados ni en tan gran número. Sin embargo, es preciso reducir el riesgo de abandonar un caso, a un enfermo mental, por descorazonamiento por difícil que se presente.

Al psiquiatra — y a la familia del paciente — ha de animarlo, en todo instante, el pensar que el simple y perseverante tratamiento inútil, añadido al científico más o menos acertado — nunca es completamente inútil, que siempre beneficia al caso aparentemente más desesperado. Paciencia, saber esperar y confiar que se producirá en el enfermo mental la reacción psicológica salvadora, inesperada..., o la más deseada y siempre esperada. Este principio psicoterapéutico ha de ser alentador par atodos los psicólogos, médicos psiquiatras y para todos los seres humanos en general.

El desaliento ha de ser cosa extraña a la conducta científica — humana. Desalentarse, « descorazonarse », perder la paciencia un médico psiquiatra — o una familia — puede significar que un sujeto susceptible de curarse, en más o menos largo tiempo, quede condenado a ser un enfermo mental y acabe siendo un demente, entre dementes, hasta el fin de sus días. Ya hemos constatado qué ocurrió con el homosexual de Londres, universitario, y con los tres esquizofrénicos de Los Angeles. Todos se resolvieron bien por verdadera casualidad, gracias a las circunstancias venturosas que intervinieron.

El triple buen éxito, simultáneo, sucedido en los Estados Unidos, es el ejemplo más reciente, extraordinario y aleccionador digno de ser comentado por tratarse, además, de tres personas pertenecientes a distintas familias. A uno de estos enfermos mentales los psiquiatras lo consideraban caso perdido, irremediablemente, y de haberlo colocado, en seguida, entre los incurables hubieran sido, inconscientemente, responsables de fabricar un incurable más. Y de sus dos compañeros de sala, hombre y mujer, decían los médicos que « eran seguros candidatos a un largo confinamiento en el manicomio ». Lo sespecialistas manifestaron que « por lo general, los enfermos que atraviesan circunstancias similares siempre tienden a agravarse y que habian toda esperanza de devolverle la salud ».

« Uno de los sujetos — informan los psiquiatras — podría hacer daño a sus parientes o suicidarse ». ¿Por qué, preguntamos, era tan agresivo y mani-

festaba tendencias destructivas si, en realidad, no era tan grave su perturbación emocional y mental? Esto es lo que conviene se pregunten también millones de familias en todo el mundo que tienen en las mismas enfermos nerviosos o mentales. Como sus dos compañeros de sala estaba a un paso de obrar como otro cualquier sujeto normal. Falta que se decidiera o lo decidieran a darlo. Pudo ser salvado por los propios familiares alertados por los hechos y acciones poco normales que realizaba en la vida cotidiana. No comprendieron su conflicto psicológico y lo agravaron.

Acabamos de hacer una afirmación que la consideramos bien fundada. En el medio social y familiar, en particular, fué padeciendo más y más alteraciones emocionales que le hicieron perder la equilibrada armonía interna y externa, provocando su desajuste social que le impidió llevarse bien con los suyos y con los demás semejantes. Perturbado, no sabiendo ni pudiendo hallar mejores escapes mentales, el suyo lo encontró odiando a sus parientes. Estos, seguramente, observando su raro comportamiento, tiempo y más tiempo, en vez de tratar de averiguar qué produjo su extraño proceder, sus rarezas y extravagancias, para ayudarlo a recuperar la salud de la mente, lo reñirían y maltratarían, de palabra o de obra, o de ambas formas de castigo, violentándolo, amenazándolo continuamente con llevarlo al manicomio gritándole mil veces : « Allí tendrías que estar y no en casa ». Y le hicieron perder, momentáneamente — un corto tiempo que pudo ser más largo — el equilibrio mental.

Cuando por fin, a las buenas o a las malas, lo llevaron al hospital para no sufrir su presencia y sus arrebatos de cólera, cuántas veces el paciente gritaría sumamente irritado : « Me han traído aquí con los psiquiatras, como si fuera loco, y sin serlo me tienen entre locos, y eso que les decía que antes que dejarme encerrar en un manicomio haría una barbaridad : los mataría o me suicidaría. Malditos sean. Etc., etc. ».

Matar o suicidarse, o hacer ambas cosas, formaba parte del mismo conflicto psicológico del sujeto perturbado. Predominando en él la parte normal, buena, de su ser, dominaba sus impulsos agresivos, le impedía llevar a la práctica sus terribles amenazas frutos de su rencor irritado en grado superlativo. Comprensión y ayuda, y no amenazas y malos tratos es lo que necesitaba y necesitan todos los pacientes en su caso, en todos los casos. Se comprende que el encierro que sufría, injustamente, contra su voluntad, lo perturbaba más y más, desequilibrándolo, y obraba por espíritu de venganza o movido por el rencor, contra las disposiciones de sus familiares y de los médicos considerándolas absurdas y odiosas. Pero cuando éste y sus dos compañeros, es decir : los tres pacientes, advirtieron, alarmadísimos, que los psiquiatras, desalentados, considerándolos casos perdidos, se despreocupaban de ellos, entonces decidieron salvarse. Comprendieron, incluso, que los médicos, apenados por tan severamente graves los tenían, tan sin juicio, que consideraban inútil no-

DE MI CALENDARIO

Montevideo, 26 de agosto (1960)

MUCHO me alegro, Campio Carpio, de la aparición de una obra suya después de largo lapso. Al ver el título, me acordé del libro recibido hace mucho, en Bucarest, de Georges Duhamel: «Geografía cordial de Europa». El suyo: «Radiografía cordial de América», no podía llevar otro título; corresponde al tema, a su estilo, a la cordialidad tan generosa con la que está tratando un problema amplio y siempre renovado. Ya he leído los primeros capítulos: América inspiradora de la utopía, Norteamérica la hermosa a los ojos del mundo, Eterna humanidad del porvenir... Todo va bien. Conoce a esta América —las tres Américas— hasta en sus entrañas, y yo aprenderé mucho, siguiendo la lectura. Aspectos, realidades en la doble proyección del pasado y del futuro, y nombres de autores que —lo confieso— ignoraba o he encontrado sólo de paso. Es verdad que no soy tan entusiasta en mis «Perspectivas culturales en Sudamérica». Quizás, porque he padecido mucho en mi Europa natal, y ando con prudencia, como los ancianos que han tropezado con demasiado escollos y desengaños. Pero la síntesis de estos libros, el suyo y el mío, resulta finalmente alentadora, mientras surjan precursores como aquellos evocados en sus páginas.

Le mando, a mi vez, un nuevo librito: «Literatura, Arte y Guerra», publicada en la colección uruguaya del «Congreso por la Libertad de la Cultura» (yo he dado vuelta a esta última fórmula, en el artículo: «Cultura de la Libertad»). He reunido en este librito los capítulos publicados en CENIT, de Toulouse. Los he escrito hace más de cuarenta años, al finalizar la Primera Guerra Mundial. He agregado sólo algunas notas, como la que concierne al ensayo: «Los hijos del Medio Siglo», de André Maurois, que confirma mis vaticinios sobre la evolución de los géneros literarios.

tificárselo. ¿Para qué? Ni siquiera podrían comprender — imaginaban los especialistas — que les interesaba colaborar a disminuir la gravedad de sus enfermedades mentales.

Los precitados pacientes demasiado entendieron qué pensaban los psiquiatras sobre sus casos respectivos. Advirtieron que por su resistencia a cooperar a su propia curación corrían peligro de quedar internados para siempre entre los incurables. Y en seguida abandonaron su amor propio enfermizo que trastornaba y enfermaba sus mentes. La esquizofrenia quedó, súbitamente, vencida. Dos de los pacientes quedaron como si jamás hubiesen tenido síntomas de tal enfermedad.

FLOREAL OCANA

(Continuará.)

Pero el fondo del problema es otro: Tantos escriben en América también, sobre literatura y arte, ignorando o menospreciando el factor guerra, que es el *summum* de todas las negaciones y desgracias humanas.

En cuanto a mis «Peregrinaciones Europeas», publicadas todas en «Doce Capitales», parece que el grueso tomo cayó, en estos pagos, como una piedra en el pozo del silencio. Algunos, usted también, pueden advertir el verdadero significado de estos testimonios y especialmente los mensajes que me confiaron los «Grandes Europeos». Mensajes proyectados en el porvenir. Por lo tanto, pueden esperar todavía. Nunca es tarde, para aquellos que quieren oírlos...

29 de noviembre (1958)

Una estudiante de Filosofía y Letras de Buenos Aires —que traduce a veces del francés mis escritos— acompaña las copias de comentarios que expresan las preocupaciones de las jóvenes generaciones argentinas, de los mejores de su generación, por supuesto, en las turbias circunstancias políticas y sociales que rigen desde años en su país.

«... Verdad es que no está todo terminado aquí —escribe en una de sus cartas—, pero al menos cesó ya la exaltación de los primeros momentos, la lucha ardua y la agresividad de hecho. Cayeron las máscaras, sabemos el alcance de los términos, se voltilizó ya el optimismo de muchos que creyeron en el triunfo fácil y rápido de la razón y de la verdad. El bien siempre vence, lo decimos a diario. Pero, ya las fuerzas se acaban y sólo resta la esperanza de un milagro. ¿Por qué esa sensación de derrota? ¿Por qué vencen la desunión y los odios, los tiranos que llegan al poder por la democracia y luego la sojuzgan? ¿Por qué triunfa lo que no nos viene a traer palabras de paz y amor más que en fórmulas estereotipadas y muertas hace ya mucho tiempo?... En fin, quizá, porque soy joven todavía, quiero alcanzar la meta demasiado pronto... No sé, pero me siento un poco derrotada, como si faltara la tierra firme y nadara en un espacio vacío sin saber bien cómo ni hacia donde. Si se le habla a la gente de paz, de confraternidad, ellos cierran sus mentes a nuestras palabras; si se les habla de un ideal, se ríen de nuestro «tonto» optimismo; si queremos realizar algo desinteresadamente, piensan que hemos perdido el juicio y finalmente nos miran con un dejo de conmiseración...»

El día siguiente recibí otra carta, también de Buenos Aires, de un estudiante de arquitectura. amigo fiel y generoso, que se expresa en el mismo sentido, pero en firmes y duras palabras: «En nuestro país se respira un clima moral que deja bastante que desear. La desilusión que trajo el mal gobierno, su política de comité, su desprecio por

los derechos y por los valores permanentes del hombre, a través de su escaso año de presidencia, gravitaron en el hombre medio, haciéndole ver el ideal en ese afán desmesurado de poder y riquezas; odian a Frondizi, pero le envidian. Digo a usted todo esto porque de veras me preocupa y me asquea. Hasta en la Universidad hay cátedras que huelen a podrido...»

Leo esas confesiones con cierta satisfacción, esperanzado, porque vislumbro en las mismas la voluntad de descubrir la verdad esencial, es decir, profundamente humana, en el caos social e ideológico de nuestro tiempo. A las preguntas formuladas con angustia y amargura, no puedo contestar siempre con extensas cartas, abrumado como estoy por mis trabajos de todos los días. Las respuestas se hallan más bien en algunos libros míos. Envío a mis jóvenes confidentes las últimas obras, señalando las páginas que corresponden a sus preocupaciones, convencido de que un libro sirve más que una carta escrita en horas de apremio o cansancio.

El libro, amigo silencioso, está siempre presente. Sobre la mesa de estudio o en el anaquel, paciente, olvidado a veces durante semanas y meses. Pero ofreciendo su **verdad viva** si manos de amigos, o de desconocidos hasta entonces indiferentes, lo abren para encontrar, sorpresivamente, lo que buscaban: un consejo, una iluminación, una solución o una meta que convierten al lector en compañero del autor, libremente asociado en la hueste invisible, pero real en su acción, de los «combatientes del Espiritu».

5 de abril (1961)

El consuelo de los desconocidos, de los silenciados, de los menospreciados o incomprendidos, de los fracasados o calumniados —en todos los dominios de la cultura, especialmente en literatura y artes— consiste en la esperanza y aun en el firme convencimiento del justo juicio y de la merecida consagración del porvenir. De un porvenir que ilumine las últimas horas del ocaso de una existencia atormentada, empeñada en la creación de valores ignoradas o despreciadas. El reconocimiento, y con eso el «éxito», llegan con frecuencia demasiado tarde. La posteridad rinde a la obra el homenaje esperado por su creador hasta el último aliento.

El mérito es el naufragio del alma:
vivo se hunde, pero muerto flota.

Ya lo dijo Salvador Díaz Mirón, citado por un escritor mexicano, de regreso a su país después de una larga carrera de diplomático, en una alocución durante la «sesión-comida» que le ofreció el grupo literario provinciano «Bohemia Poblana».

Sucede también que el reconocimiento, el éxito, la fama vienen al anhelante «desconocido» desde afuera. Nadie es profeta en su tierra... Más todavía: según el diplomático-escritor, no sólo nadie es profeta, sino nadie es poeta en su tierra. Y agrega que muchas glorias y famas han tenido que forjarse en el extranjero «y parece que la propia tierra está esperando que el reconocimiento de los méritos se haga por la crítica extraña, para

que de allí nos venga consagrado como ciertas mercancías que, utilizando nuestras materias primas, nos llegan prestigiadas por nombres y marcas exóticas» (Licenciado, Luis Sánchez Pontón).

Este reconocimiento en el extranjero antes que en su propio país, ha sido para Gabriel D'Annunzio —que, no obstante, gozaba de fama y éxito durante su agitada carrera literaria y política— como una «posteridad anticipada». Par otros, y estos son la mayoría, «las flores y los laureles han caído solamente sobre la tierra que cubrió sus despojos mortales». La injusticia cometida por los contemporáneos para con el autor, se vuelve justicia para con su obra, más tarde, a veces después de siglos, en el reino perenne, despejado de pasiones mezquinas y vanas, de la cultura. Esta es supranacional en su esencia, aun si las raíces se hunden en el terreno nacional.

Y para volver al dicho popular, de bíblica amargura: «nadie es profeta en su tierra», eso no tiene sentido para aquellos que piensan, sienten y obran como ciudadanos de la humanidad y **sub specie aeternitatis**. Para el sutil erudito Alfonso Reyes, al contrario, el fenómeno de la ingratitud o indiferencia de los contemporáneos es muy explicable. Una explicación apoyada en la psicología elemental, al nivel de la mentalidad gregaria: «Nadie —dice— se encuentra muy dispuesto a reconocer grandes méritos en aquellos hombres que conocimos en la infancia, con los que jugamos a las canicas o al «burro castigado» y al que, en ocasiones, pusimos nuestro puño sobre su nariz o sus ojos. Ese muchacho seguirá siendo para nosotros, el mismo que en la niñez o en la juventud y aún nos extrañará que para otros resulte un alto personaje, lo mismo que cuando a un amigo que conocimos pobre, nos lo hallamos de pronto convertido en millonario».

Sin embargo, no faltan aquellos que exclaman, orgullosos o justiceros, cuando el compañero de su niñez o de su mediocridad anónima y cotidiana, se convierte en un «alto personaje» en literatura, en artes o ciencias: ¡Yo también lo conocí!

4 de abril.

No es tan fácil —y a veces resulta desastroso— navegar entre la Scila de izquierda y la Caribdis de derecha, en estos tiempos en que todo intelectual «bienpensante» cree que debe comprometerse en alguna parte: en un partido político, un grupo que proclama la misión salvadora de su «líder máximo», un movimiento llamado de liberación nacional o de justicia social. Estos intelectuales, movidos más bien por intereses inmediatos que por ideas que les parecen perdidos en lejanías, se olvidan de que la verdadera —si no la única— adhesión activa, la asociación más eficaz en sus formas solidaristas, es la de un individuo a otro. Asociación libremente aceptada, sin obligaciones ni sanciones «legales», renovada únicamente por la cooperación de todos los días, y cuyo fin, a la vez elemental y supremo, es la **humanización** de las relaciones entre los seres humanos.

EUGEN RELGIS

PALABRA AL MAESTRO

ESPAÑA ADENTRO

ORIGEN Y META DE LA GRAN PROPIEDAD TRIGUERA DE ARAGON

EL origen de la gran propiedad triguera puede reducirse a seis distintas maneras de adquirirla :

1º Donación de reyes a sus cortesanos de espada o de tonsura en los tiempos de la Reconquista.

2º Compra de fincas extensas cuando éstas se pusieron en venta al llevarse a cabo la desamortización.

3º Herencia dejada por los dueños a la Iglesia o a ciertas congregaciones religiosas.

4º Compra judicial de las fincas por usura, valiéndose la usura de un préstamo leonino otorgado a los dueños y no pagado por éstos.

5º Redondeo de un monte por sucesivas gangas al comprarse fincas colindantes.

6º Robo a los pueblos de sus bienes comunales.

La Reconquista fué una verdadera lotería para los que la llevaron a cabo, valiéndose de circunstancias tan favorables como la cualidad hacendosa y pacífica de los musulmanes y su apego a las tareas de la agricultura.

El rey Jaime el Conquistador fué educado por los templarios. Esta orden, medio religiosa y medio militar, indujo al rey Jaime — apurado por sus acreedores judíos — a emprender guerras que en realidad no se hacían más que para beneficiar a los templarios.

A medida que se realizaba la Reconquista, el rey Jaime entregaba a los templarios las tierras obtenidas. En muchas ocasiones los mismos templarios costeaban las guerras. Puede afirmarse que éstas se hacían con dinero de los monjes del Temple y con dinero de los judíos. Cuando éstos últimos querían tener facilidades de vida, cuando querían contar con libertad de comercio y de rito, el rey Jaime les concedía ciertas franquicias que los reyes de armas llamaron después privilegios. La concesión se hacía a cambio de préstamos en dinero contante y sonante. Cuando las sinagogas eran objeto de escarnio por parte de los cristianos viejos, los judíos iban a quejarse al rey Jaime. Este hacía publicar una orden prohibiendo que penetrara en el recinto de las sinagogas la plebe cristiana y estatuyendo que sólo pudiera hacerlo el cristiano calificado como de buena fama, es decir, amigo de Jaime. Era incapaz el rey de entrar en el templo de los hebreos a hacer burla del ritual empleado por éstos para manejar a Jehová y para manejar a los acreedores.

Cada concesión de Jaime a los judíos era algo así como el reconocimiento de una deuda. El propio rey explica que tenía las rentas de Aragón y Cataluña empeñadas a judíos y sarracenos, quedándole

sólo disponibles 130 caballerías hambrientas. « No bastaban nuestras rentas para mantenernos un día », dice Jaime el Conquistador.

El señorío de los templarios sobre pueblos de cultivo triguero típico está detallado en el libro « Historia de Binaced », por Ignacio Español Muzás (Zaragoza, 1930).

Los templarios o sus sucesores feudales dominaron el término de Binaced por espacio de 602 años, desde 1217 a 1819. Sólo a templarios y sanjuanistas pagó impuestos, tributos y rentas el pueblo desde 1217 a 1648, o sea en 431 años consecutivos. A partir de 1648 los monjes limitaron sus exigencias fiscales para compartirlas con los monarcas y dominarlos, pero siguieron cobrando lo que pudieron, conservando el derecho de nombrar las autoridades de Binaced, así como las de sus dos pequeños agregados, Valcarca y Ripol.

Entregado por el rey Jaime el pueblo de Binaced y sus moradores a los frailes, tuvieron éstos alternativas de amistad y enemistad con Jaime y los sucedáneos, aunque nunca dejaron de ejercer el peor despotismo sobre aquel pueblo.

Cuando Jaime se cansó de sufrir la tutela de los templarios la reemplazó por la tutela de los judíos, pero llegó también a explotar a los judíos. El hijo del rey Jaime en agosto de 1307 expulsó a los hebreos pobres de Monzón a Alcolea de Cinca. En las Cortes reunidas en Monzón (1435) se marco la decadencia de la raza de Israel al autorizarse como favor que los judíos pudieran pedir limosna. Se los autorizaba para pedir limosna y se dejaba en cueros vivos al resto de la población.

Binaced y su término tenían una tierra exclusivamente dedicada a monocultivo cerealista, y dentro de éste al trigo de secano. Siete siglos de régimen triguero acabaron con su vitalidad. Antes de la Reconquista, Binaced tenía una vida limitada al pastoreo y al cultivo de cereales en pequeña escala, excepto en la zona cinqueña de riego — muy pequeña — de Ripoll. Desde principios del actual siglo el término se riega con aguas del Canal de Aragón y Cataluña, pero hasta 1936 hubo régimen triguero decadente desde 1900 y mucho más desde 1918, cuando los nuevos caminos y el agua ahuyentaron a los caciques ricos recientes como Almuzara o títulos de abolengo tiznado como la casa Guaqui.

El régimen triguero de Binaced tuvo sus alternativas. En 1564 el Concejo del pueblo presta 56.000 sueldos jaqueses (cada sueldo valía aproximadamente un real) a los templarios, pero en 1567 el Concejo recibe 800 libras jaqueñas de préstamo otorgado por un tal Cervera Rohe (seguramente ju-

dío a juzgar por los apellidos). Estos hechos, ¿no explican las alternativas del régimen triguero de cosecha abundante por excepción, seguida de años de penuria? Cuando se amontona trigo se presta dinero a los templarios para que vayan a la guerra a otra parte, siendo la sequía pertinaz en períodos sucesivos la que exige ayuda del capital judío.

Es muy curioso que los judíos ricos fueran banqueros universales más que comerciantes con los productos de la agricultura y se dieran a exigir rentas elevadas. Las 800 libras jaquesas prestadas al Concejo Binaced le producían 800 sueldos anuales al hebreo Cervera Rohe. En 1728, o sea 161 años después de formalizado el préstamo, la heredera de Cervera Rohe, viuda de un tal Barahona (apellido éste también judío), rebajaba el capital a 120 libras jaquesas «por la invasión de las armas francesas y calamidades del tiempo, habiendo venido a menos todas las Universidades (quiere decir Concejos) fronteras del principado de Cataluña». ¡Cuántas calamidades debieron de pasar los labradores para que los prestamistas se decidieran a condonar 680 libras!

Si los judíos ricos eran usureros, había cristianos como el infanzón Francisco Mazas, que prestó 281 libras jaquesas al Concejo de Binaced en 1572, estipulándose un rédito de 500 sueldos jaqueses al año. El cristiano cobraba casi doble rédito que el judío.

Tan agobiado se veía el Concejo de Binaced, que fijó en 1574 a los labradores un impuesto llamado **quinceno**. Toda producción había de tributar por cada quince unidades (corderos o gavillas de trigo) una unidad. Este impuesto se invertía en amortizar deudas originadas por escasez de cosechas y era cobrado sin perjuicio de las otras pechas.

Como ocurre en las comarcas trigueras típicas, había en Binaced algunos cosecheros de trigo que ocultaban el grano para venderlo caro, gente que explotaba a jornaleros y pastores, consiguiendo atesorar moneda. Podemos ver una descripción de Binaced en cierto escrito procedente de 1585, cuando Felipe II hizo un viaje a Zaragoza, Barcelona y Valencia. Presidió Cortes de Monzón y Binéfar. Felipe II llevaba lo que podríamos llamar su cronista de cámara. Mientras la guardia tudésca del rey acampaba por los pueblos inmediatos a Monzón (como Binaced, que está a 9 kilómetros), el cronista Hermenegildo Cork relatava el ambiente de siglo triguero, país triguero y rey triguero: «Es Binaced — escribe — un pueblo de cien casas. Abunda el pan. Este labrador en cuya casa estoy, con todas sus ganancias le quedan más de mil ducados al año y casi tiene miedo de hartarse de pan negro. Carne come una vez al mes. Maravillome, en verdad, de semejante casta de hombres tan inclinados a padecer. ¡Ojalá que algunos de nuestros compañeros fueran sus tesoreros para que saliese a luz la moneda que por tanto tiempo acarraeron!»

La abundancia era del labrador rico, pero se deja en el tintero Cork la descripción de la mala vida que llevaban los pecheros de la comarca. Sigue el cronista de casa y boca con la hueste real en dirección a Belver, «pueblo puesto hacia el ocaso del invierno» y perteneciente en 1585, con sus sesenta

vecinos, al Comendador de Salamera. (Se refiere a Chalamera, palabra que Cork, probablemente inglés, no sabía pronunciar ni escribir bien, más que a su manera). El Comendador era una especie de rey de bastos que dominaba la comarca desde el castillo de Chalamera, a orillas del Cinca, como el Comendador de Monzón desde otro castillo, aguas más arriba del mismo río, dominaba a Binaced, perteneciendo castillos y tierras desde el Pirineo a Amposta a los fraillazos de San Juan de Jerusalén, sucesores de los templarios en sus privilegios.

Binaced padeció el azote de la soldadesca de paso. La soldadesca se entregaba al bandidaje, a la violación y al asesinato. El fuero concedido a pueblos como Binaced para castigar a los merodeadores fué impugnado por los monjes de Monzón. Pero los diez pueblos de la Encomienda de Monzón — Binaced, Valcarca, Ripoll, Pueyo, Castejón del Puente, Alfantega, Ariéstolas, Cofita Binéfar, y Alcott — se unieron contra el privilegio monacal de administrar justicia. Apelaron a Roma y a la sede de los sanjuanistas — Malta —, yendo una comisión de Binaced a parlamentar. Los sanjuanistas ganaron el pleito.

En 1592 un prestamista apellidado Barber (seguramente judío por el apellido) prestó 10.000 sueldos jaqueses a Binaced, pagándose 500 anuales de interés. Las condiciones impuestas a Binaced, Valcarca y Ripoll por Barber eran draconianas. Se gravan, según escritura de préstamo, por manifestación expresa, los pueblos dichos «con términos, montes, yerbas, aguas, leñas, casas, huertos, edificios, viñas, dehesas, tornos, molinos, carnicerías, mesones, olivares, campos, sotos y propiedades, ganados gruesos y menudos, frutos, rentas, derechos y emolumentos sobre otras posesiones, con todos los muebles e inmuebles de cualquier naturaleza y especie que sean, tanto del Concejo como de particulares vecinos de los tres pueblos. Pero todavía hay más, pues se gravan las mismas personas de los tres pueblos, hasta el extremo que podían ser presas y encarceladas si salían del término antes de pagar la deuda».

En la guerra de Sucesión las tropas de ocupación segaron el trigo verde para piensos. Impusieron, además, el apartamiento del cultivo, haciendo que las caballerías de labor se dedicaran a bagajería. Todos los habitantes tuvieron que emigrar, abandonando campos y casas, pues la soldadesca les robó hasta los clavos.

Desde 1681 pagó Binaced las siguientes cargas extraordinarias. Copiamos la lista con todos sus requilorios y tratamientos, tal como se otorgó en la obligación reconocida **con fe notarial**:

1. A los Hermanos del Colegio de la Compañía de Jesús, de Zaragoza.
2. Al Beneficio de San Juan Evangelista, de Barbastro.
3. A los Beneficiados y Capítulo de Fonç.
4. A la iglesia de Barbastro.
5. A la Iglesia Colegial de Albelda.
6. Al Convento de Santa Catalina, Orden de Santa Clara, de Zaragoza.
7. A los Racioneros y Capítulo de la Iglesia de Binéfar.

8. A los Caballeros del Hábito de Santiago, de Valencia.
9. A los Racioneros y Capitulo de la Iglesia de Monzón.
10. A la Cofradia de los Angeles, de Zaragoza.
11. Al Monasterio de Santa Engracia, de Zaragoza.
12. Al Monasterio de Nuestra Señora de Aula Dei (Cartuja), de Zaragoza.
13. A la Iglesia Metropolitana Césaraugusta (Zaragoza).
14. Al Convento de Sijena.
15. Al Colegio de San Alberto, de Carmelitas Descalzos, de Huesca.
16. A la Iglesia Colegial de Santa María la Mayor, de Tamarite.
17. A la Capellanía de Alfántiga.
18. Al Capitulo de Mayordomos y Cofrades de los Angeles, de Zaragoza.
19. A la Catedral de Zaragoza.
20. A la Santa Metropolitana Césaraugusta del Pilar (Zaragoza).
21. Al Cabildo Césaraugustano (Zaragoza).
22. A la Iglesia Parroquial de Binaced.
23. A la Parroquia de la Villa de Berbegal.

Todavía no están comprendidas las pensiones o intereses que se satisfacían a los particulares como réditos de préstamos contraídos por el Concejo para atender a las innumerables cargas del Tesoro público. A la Castellania de Amposta se entregaba el producto del arrendamiento de hierbas, más la participación en otros ingresos de propios, censos y pago de aguas.

En 1767 se crearon algunos Pósitos en la comarca — uno especialmente en Alcubierre — pero no hay noticia de que se creara en Binaced.

Por cédula de Carlos III se prohibió el subarriendo de tierras. Los labradores ricos cultivaban las parcelas y valles mejores « y procedían a subarrendar los trozos malos a los infelices ». Esta fué la causa de redondearse patrimonios grandes a costa del trabajo productivo de las mejores tierras. En toda zona triguera las mejores tierras son los valles, porque conservan la humedad y quedan al resguardo del viento.

Los facultativos, artesanos y oficiales cobraban en trigo toda o la mayor parte de la consignación. Por desgracia, la plaga de la langosta cobraba también en trigo. Véase lo que se cuenta en un acta de la sesión del Ayuntamiento del 23 de julio de 1872 :

«En primavera y verano estuvo invadido este término por una gran plaga de langosta, panlingana y galapatillo, llegándose a coger en poco tiempo 284 fanegas, 6 almudes de la primera (unos sacos grandes), la que fué enterrada en el suelo empleando el procedimiento de reducirla con abundancia de personal a pequeños círculos, matándola con fuertes golpes dados con correas de cuero atadas al extremo de un palo. Con objeto de aminorar dicha plaga, tuvieron necesidad de llevar a los campos más infectados, para que se alimentaran, pavos, gallinas y ganado de cerda, teniendo especial cuidado de darles abundante agua para beber, en evitación de que los pudiese matar el exceso de comida. Tam-

bién se pagaba la recogida por almudes, regulando ésta que nadie pudiera cobrar más de lo que suponía un jornal. Fueron empleados para ello muchísimos jornales. »

El trigo valía entonces cuatro reales fanega (unos diez kilos tiene la fanega de la comarca), resultando a 10 céntimos kilo. Este era el precio de venta del cosechero pobre al acaparador, que comercializaba la mercancía. Como el tabernero, que además de especular con el vino la maleaba. En 1805 se prohibió al tabernero que vendiera vino « por venderlo malo, pernicioso y dañador de la salud ». No había vino en el país, habiendo tierra abundante y apropiada para viña.

Se impuso a principio de siglo el pago de diezmos y primicias. En los años de sequía se bebía agua de balsa, subiéndola del Cinca en caso de mayor apuro. El Cinca está a unos ocho kilómetros de Binaced.

La guerra de Napoleón despobló Binaced, que había ido poblándose lentamente después de la guerra de Sucesión. De 250 familias quedó reducido el vecindario a 52 familias. El barrio lejano de Ripol fué saqueado y destruido por completo. El promedio normal de defunciones era de 37 por año y durante la guerra de 60, muriendo por hambre el excedente sobre la cifra normal, que también moría de hambre acumulada. No se cuentan los muertos de la guerra ni los ahorcados por la soldadesca de Napoleón.

¿A qué seguir inventariando desastres? En 1919 hubo una invasión de langosta. Llegaba de los montes trigueros de Farlete y Monegrillo. Los fascistas en 1938 invadieron Binaced procedentes de los mismos lugares. Binaced fué un término triguero típico. La propiedad se iba concentrando en manos de labradores que subarrendaban tierra mala y cultivaban a jornal tierra buena, como acumulaban propiedad los usureros prestamistas. Los cultivadores del estado llano tenían que emigrar, morían de hambre o sucumbían de sed aplastados por nubes de langosta, nubes de ensotados o por grupos armados, con impunidad absoluta para robar y matar.

En el término de Binaced existe un coto o monte redondo, Casasnovas, que perteneció a los templarios hasta 1311. Fué precisamente en aquel año cuando una bula de Clemente V disolvió la comunidad; pero no tardó en aparecer otra comunidad, la de sanjuanistas, formada por los templarios con nuevos collares y nueva impunidad. En 1317 se fundó la aglomeración sanjuanista o donjuanista con los mismos derechos que los templarios tenían antes. Los sanjuanistas se apoderaron del monte.

Este era típicamente triguero también y fué vendido por 7.000 florines de Aragón (menos de 20.000 pesetas en moneda actual) a Martina Pedro Lozano. Al morir ésta volvió el monte a los sanjuanistas, quienes alimentaron a la propietaria mientras vivió con medula de tuétano de buey, y no tuvieron que hacer más para entrar en pleno dominio de aquellas tierras. La superficie total pasa de 3.000 hectáreas. Por seis pesetas hectárea hizo la compra Martina Pedro Lozano. La cotización comercial de la hectárea, sin mejoras en la tierra, en

1900, antes de ser regada por el Canal de Aragón y Cataluña, era de 100 pesetas.

Los sanjuanistas disfrutaron del monte hasta que terminaron las guerras de Napoleón. Fernando VII repartió las posesiones de los sanjuanistas y regaló **Casasnovas** al infante Francisco de Paula Antonio en mayo de 1810, con aprobación del jerarca de Roma. Cuando murió el infante en 1865, pasó **Casasnovas** a ser propiedad del Estado por estar comprendido en las leyes desamortizadoras de 1855 y años siguientes. Y al venderlo el Estado quedó adjudicado al conde de Guaqui, cuya familia lo ha poseído hasta fecha reciente.

Reyes, infantes, condes, papas, frailes y beatas han causado en aquel monte más daño que las malas nubes de granizo y langosta. Todos aquellos parásitos iban cediéndose unos a otros los derechos que no tenían. Disfrutaban del apoyo del Estado y eran compadres de los propietarios indígenas. Entre todos saqueaban las casas de los labradores. Era un régimen triguero propiamente dicho, exclusivo, apegado a la rutina. Cuando el monte se regó con agua de canal, prácticamente desapareció la propiedad. Al desaparecer la propiedad aparece el arbolado, se construyen caminos y viviendas, se nivela la tierra, se deseca, se extrae el salitre y empieza a utilizarse la máquina. Los labradores de las tierras rescatadas dejaron de abonar rentas. Todo lo que se produce al margen de este fenómeno de negación de renta es secundario: Reformas agrarias, parcelación o cultivo en común, titular con corona condal o gorro frigio y cambios de régimen político.

Hemos visto el origen de la propiedad triguera por donación real. Vamos a analizar el régimen de la propiedad por compra de fondos extensos — trigueros también — del Estado:

La desamortización no fué más que un robo. La propiedad vendida por los que no eran dueños de ella se tasaba por burócratas complacientes. Hubo montes cuya renta de un año agrícola amortizó el capital desembolsado por el comprador. Todos los cazagangas de España compraron entonces cotos de caza, tierras labrantías y grandes superficies destinadas a pastos de ganado lanar. Los pueblos quedaban despojados por el Estado, que vendía un término entero o un monte al mejor postor, dándole facilidades de pago, en realidad regalándole la finca con todos los derechos imaginables y exigiendo por mero convencionalismo un puñado de calderilla. Si las grandes fincas se entregan entonces a los cultivadores, el atraso de España no hubiera tenido continuidad. Los pueblos vivían en estado de perpetua pereza con pobreza de voluntad mucho más grave que la pobreza de bolsillo. El mismo régimen colonial impuesto en Cuba se imponía en España.

Los oficinistas a sueldo de la propiedad y del Estado consumaban las mayores tropelías. Llamaban a cuatro viejos del pueblo y les hacían renunciar, por un vaso de vino, en nombre del vecindario a antiguos derechos de cultivo sin renta. Esto se llamaba expediente posesorio. Los viejos firmaban —o firmaba un chupatintas a su ruego— y las leyes apoyaban el despojo. Los antiguos derechos de

hacer leña de mata baja en los montes y apacentar en verano pequeños rebaños quedaban abolidos. Con las servidumbres de paso se hacía tabla rasa. Los baldíos se vendían por cuatro cuartos. El labrador sin pequeñas o grandes parcelas propias no tenía más remedio que ser siervo. Para apropiarse un baldío bastaba hacer firmar a unos testafierros que cualquier cacique había ejercido sobre el baldío actos de dominio.

Las herencias y mandas a conventos, cabildos y colegiadas llevaban nombres rancieros de patronato y de capellanía, nombres que oían a incienso de entierro, a cirio de funeral y a mugre. Las colonias establecidas por la propiedad tonsurada en grandes fincas de riego reciente fueron las primeras en prescindir de la rutina triguera, empleando la negación de renta como táctica de lucha. En la época de Primo de Rivera los curiales se pusieron de parte de la propiedad ensotanada y persiguieron a los labradores que no pagaban. La sacrosanta España del tricordio los encarceló y nada consiguió. La negación de renta pudo más que todo.

La propiedad comprada como ganga y procedente de ejecuciones por falta de pago de hipotecas forma un apartado muy importante del régimen triguero, y también ha tenido un final desastroso para los propietarios que contaron anticipadamente con ganar millones. Lo que hicieron fue perderlos, tanto si hacían emplear maquinaria moderna como arados romanos.

El redondeo de montes trigueros por fácil compra de fincas colindantes fracasó a pesar de artimañas cociquiles, amenazas, soborno de burócratas por ricachones de pueblo y leyes protectoras de la riqueza estampillada. Los labradores se defendieron no pagando rentas y dosificando el trabajo. Por otra parte, el feudalismo triguero es prácticamente insostenible cuando la finca grande se pone en riego y cuando, aun sin éste, los labradores no viven ya sometidos al terruño ni a las trapazas de la propiedad de la curia y del Registro.

El robo de los bienes comunales fue tan evidente, que no había un solo pueblo sin «campo común» irredento hasta que tronó la guerra de 1914-18.

Los caminos, los riegos, las plantaciones, la expansión del régimen húmedo, el empleo de máquinas en común, la aparición de la Colectividad, el artesanado, la parcelación a base de no emplear jornaleros y, sobre todo, la negación de renta y dosificación de trabajo, dieron al traste con el ce-realismo señorial. Quedaban aún extensas zonas sin redimir. Sobre todo en Aragón, Castilla y Andalucía, los tres focos del absolutismo fascistas. No sería difícil probar que el fascismo pudo imponerse en las regiones trigueras de España el 18 de julio y semanas sucesivas. Casi toda la gran propiedad triguera tiene su sede alrededor de núcleos urbanos de guarnición densa: Valladolid, Burgos, Sevilla, Zaragoza. Y también en perímetros esencialmente ganaderos: Navarra y Galicia. La riqueza ganadera y la cerealista tenían vástagos privilegiados en las legiones militares profesionales. Una plétora de hipotecas, cuyo vencimiento demoraban los prestamistas a condición de colaborar los en-

trampados en la política triguera de Gil Robles y personajes afines, era el fenómeno más señalado de los programas agrarios.

No es cierto que la aristocracia territorial viviera en pugna con la industrial, como afirmaron en España marxistas ortodoxos y marxistas heterodoxos. La burguesía industrial no existió en España más que en proporción limitada. Cambó, capitán de industria, quería que hubiera triple producción agrícola para que hubiera triple mercado interior. Gobernó Cambó con Alba porque Cambó era de procedencia rural y Alba lo mismo. Cambó, como el Vaticano y los propietarios en quiebra, quería parcelar los patrimonios grandes y crear enjambres de pequeños propietarios. Esto mismo quería Alba, que no representaba intereses trigueros, sino caciquismo político, que igual se daba en los distritos industriales y con las mismas características. Cambó era abogado de la industria rural y de la Banca rural sin reservas ni capital. Alba lo era de la riqueza rural entrampada y cosida de deudas. Aquí no había el precedente manchesteriano que el marxismo inventa para justificar las invenciones del profeta. Cambó no tenía primeras

materias asequibles ni los fabricantes inteligentes eran amigos de Cambó, magnate de saldistas y comisionistas. Y respecto a Alba, podemos decir que no le importaba proteger el trigo, ya que éste, protegido o no, era escaso y se comercializaba rápidamente cuando terminada la siembra los labradores se quedaban sin él y habían de **recuperarlo** pagando usura escandalosa. Esta usura era de Cambó y de Alba.

Por mucho que ganara un acaparador pueblerino al vender la masa de trigo acumulada a los harineros o a almacenistas de capital grande, nunca ganaba tanto como en el pueblo mismo sacrificando a los labradores de manera que no podía exigir el acaparador al comercio. Los usureros se aprovecharon de los años malos para comprar fincas a precio misero y para prestar cantidades pequeñas con retroventa automática, haciéndose titulares de buenos campos. De estas maniobras nació la pequeña y media propiedad indígena.

F. ALAIZ

(Capítulo VIII de la obra inédita *El trigo*.)



TAN POCA DIFERENCIA HAY

«Al anoecer, Leonardo marcha lentamente en busca de un rostro por las calles concurridas de Milán. Está en pleno apogeo. Hace ya años que busca el modelo que encarne Judas en la «Cena», inmenso cuadro que concluye en el refectorio del convento de Dominicanos de Santa María della Grazie.

Ninguna faz humana de las que ha visto le ha parecido apropiada para encarnar el traidor.

De repente, a unos pasos de distancia, un hombre arrojado fuera de una taberna, faz hirsuta, labios caídos, ojos hinchados, de expresión granuja, se desploma.

—Ahí lo tengo, exclama de Vinci. Se acerca

al hombre y le dice: ¿Quieres servir de modelo para el Judas?

Apoyado sobre el codo, el vagabundo se levanta y mira al pintor:

—No, dice, no quiero.

—Te pagare, insiste De Vinci.

—No.

—Muy caro.

—No.

—El doble, el triple de lo que vale.

—No, repite todavía el hombre.

—Pero, vamos a ver, ¿por qué?

—Hace quince años te serví de modelo para Cristo.»

LEONARDO DE VINCI

Maestría de España

Plumearé en estilo de telegrama, reduciendo a píldoras verdaderos globos de material de controversia, para no reventar la capacidad de atención de los lectores.

CICLO DE LAS CIENCIAS

La historia de la cultura latina no se puede escribir prescindiendo de los geógrafos, los gramáticos, los agrónomos, los historiadores y los filósofos. Séneca es el Sócrates del Lacio; y un gran escritor, además, que no fue Sócrates. La primera Universidad de que se tiene noticia la fundó Sertorio en Huesca. Ni en Roma había entonces Universidad. En esos remotos tiempos no sabía leer y escribir absolutamente nadie en Francia, en Inglaterra y en Alemania. Ninguno de estos países dió a la Latinidad un solo sabio. Lo propio ocurre en la Alta Edad Media, cuando escribe la primera Enciclopedia Isidoro de Sevilla, quince siglos antes de que los franceses supieran lo que significaba esa palabra. La segunda Enciclopedia la da a la Humanidad el mallorquín Raimundo Lulio. Los maestros españoles de raza semita — árabes y judíos — enseñan la filosofía griega y civilizan a Europa en la Baja Edad Media. A la Escuela de Traductores de Toledo acuden estudiosos de todo el orbe. La Biblia Poliglota — en latín, griego, hebreo y caldeo — sólo había lingüistas capaces de publicarla en España. América es un descubrimiento científico español. Y el Quijote, la Celestina y Don Juan, tres continentes morales. El humanista valenciano Juan Luis Vives, maestro de holandeses y de ingleses, no es inferior a Erasmo y a ningún gran italiano del Renacimiento. Francisco Vitoria, y no Grocio, regala al salvajismo de su época el Derecho internacional. Y doña Concepción Arenal el Derecho penitenciario. La Mistica es hispana toda. Y la mitad de las ciencias teológicas también: Soto, Suárez, Melchor Cano, etc. En « La Incógnita del Hombre », el profesor francés Carrel, del Instituto Rockefeller, dedica a la teoría de las neuronas de Cajal un capítulo entero. Y ni en Occidente ni en la Meca hay hoy dos arabistas como los aragoneses Codera y Asín.

AREA DE LA CULTURA COMUN

No ha nacido ninguna pintura europea que no tenga que hablar con el sombrero en la mano a la española; incluso en nuestros días a Pablo Picasso, quien con Machado, Lorca, Casals y Falla, son en su respectiva especialidad las cumbres más altas de esas geografías. Desde el gótico, ninguna arquitectura es comparable a nuestro sublime barroco. Nuestra imaginería se las puede tener tiesas, por la línea, con la escultura clásica; y por el dramatismo con Miguel Angel. Y nada digamos de

nuestros ceramistas, plateros, bordadores, mueblistas, repujadores y mejiseros. El teatro español tan grandioso y emocionalmente hablando como el de Esquilo, Corneille y Shakespeare, los supera a todos ellos en sustancia social. No conozco ningún prosista de la miga y la medula de Gracián, en las letras universales. Ni ningún pedagogo, mártir de su enseñanza, como Ferrer, salvo el que bebió la cicuta. Las primeras bibliotecas públicas que mencionan las crónicas, las abrieron en Córdoba los árabes españoles. Recordaremos de paso que las culturas árabe y hebrea, que florecieron en nuestro país, no eran exóticas, sino autóctonas. El Oriente no dió a Israel el Maimónides, ni al Islam un Averroes. Con los sistemas de irrigación iberos, sólo se pueden emparejar los modernos del Nilo y los antiguos de Mesopotamia (véase Reclus). Cuando la barbarie católica entró con San Fernando en Sevilla, cerró 900 casas de baños públicas. Por esos días no se lavaba nadie en Europa la cara, más que con saliva o cuando llovía a cántaros. El revés de la cara no se lo ponían en remojo ni las reinas.

GANANCIAS DE LA LIBERTAD

La 1a. guerra agrosocial de los anales humanos surge con Viriato en la Lusitania celtibérica (Aragón), despedazando una porción de legiones romanas y anticipándose a Espartaco dos centurias. Las siete formas de comunismo hasta hoy descascaradas, las ha vivido España secularmente. El comunismo libertario lo practicaron los vacceos. Nunca se ha obedecido allá abajo ninguna ley más que con el cuchillo en la carótida. Las insurrecciones populares armadas han sido continuas: Unión aragonesa, remensas de Cataluña, hermandinos gallegos, germanías valencianas, comuneros de Castilla, Mano-Negra de Jerez. La Inquisición es católicorromana y no española. Los césares españoles fueron franco-germanos. Las constituciones políticas las inventamos nosotros (Privilegio General de Aragón). Y a los futuros estatutos anárquicos se adelantaron en un milenio nuestros Fueros Municipales. Los documentos históricos más selectos, en que se habla del Jurado, son nuestro Fuero Juzgo, el Fuero de Toledo de 1222 y las Ordenanzas Municipales de la ciudad de Teruel. Los parlamentos los ideamos los hispanos y no los ingleses. En 914 se reunían ya Cortes en León. Y un siglo después, comparece la representación popular y femenina en la Dieta aragonesa de Borja. La garantía individual de más canas no es el « Habeas Corpus » arrancado por los barones de Albión a Juan sin Tierra, sino el derecho de amparo o manifestación ejercido por los Justicias de Zaragoza. El Derecho Privado lo formuló Roma. Pero, el Público, antiguo y moderno es hijo del genio jurídico de Aragón. Y en la rama civil del De-

recho nada tienen que envidiar a los Códigos justiniáneos « Las Partidas » de Alfonso X. La revolución española del 36 empujó al mundo, a la vida y a la historia mucho más adelante que la francesa.

ANGEL SAMBLANCAT

No estará de más añadir a este trabajo de Samblancat unas consideraciones de complemento. Las afirmaciones de Samblancat no atañen a ninguna variante de patriotismo. En realidad reflejan lo que el pensamiento español tenía de universalista.

La picaresca española fué una reacción popular contra las normas rígidas de la preceptiva que según los críticos solventes paralizó el genio de los seguidores de reglas. La mística española fué heterodoxa respecto al dogma. El arcipreste de Hita es un crítico inigualado del vicio conventual. La literatura ascética no tiene mejores cultivadores que la moral sin cogulla. Y todo esto es español por el área geográfica donde se produjo y porque tenía un ambiente favorable, del que brotaba la iniciativa.

Hay quien tiene la obsesión de que España es un desierto. Pero en España había más riqueza acumulada que en ningún otro paraje del mundo de igual área. ¿Quién produjo esa riqueza? Si se consultan las estadísticas ministeriales, resultará que el cúmulo de riqueza producida fué obra de Cambó, Romanones y Comillas. La masa de riqueza se había acumulado paralelamente a la pobreza general, que estaba, mucho antes de 1936, en camino de ser remediada, en efectiva generalización y en efectiva expansión.

Como en pocas zonas del mundo, este fenómeno de expansión se daba en España con acusados caracteres. En

Francia circulaba más dinero que en España, pero este dinero quedaba constantemente sangrado por inversiones improductivas — guerra, burocracia, ahorro muerto, objetos suntuarios —, mientras que en España hasta julio del 36, la circulación de productos ajenos al comercio, es decir, el intercambio de productos a consumir directamente, la masa desligada del centralismo acaparador, crecía en sentido geométrico a medida que la resistencia obrera desvalorizaba la propiedad como tal y reemplazaba a la moneda por la creciente abundancia de productos de calidad mejorada no sometidos a factura de almacén y consumidos sin intermediarios.

En España, la burguesía suntuaria, la del ahorro a costa ajena, iba sufriendo el bloqueo imponente de los productores. Según las estadísticas del Banco Hipotecario, lo que esta entidad reconocía salido de su caja para atender a préstamos solicitados por la propiedad territorial equivalía aproximadamente a la mitad del valor comercial de toda la propiedad de España, sin que los préstamos del Banco tuvieran inversión en mejoras de la tierra, sino en gastos particulares suntuarios por el déficit de los balances de la agricultura de empresa.

Mientras la tierra quedaba grabada como propiedad, quedaba ensanchada la producción, no aprovechada ya ésta por los dueños sino por los colonos y jornaleros expropiadores en realidad. Que un solo pueblo expropiara 2.000 hectáreas de tierra puesta en riego y plantara un millón de olivos y cinco o seis millones de vides, que este fenómeno extraordinario se diera con generalidad, dice más que todos los sofismas y que todos los alaridos patrióticos.

No somos patriotas. Ni queremos que nadie nos tome por cazurros precisamente cuando hemos dejado de serlo desvalorizando el dinero y la propiedad que en todo el mundo siguen siendo grilletes de los trabajadores. — F. L.

Anda, España

Abre a la luz tus ojos delirantes
madre amorfa y sin nombre definida.
Vomita el tóxico que dió a tu herida
un canceroso aspecto de diamantes.

Cierra a la luz tus labios lacerantes
hastados de tu suerte fementida;
del horrible temor suelta la brida
y escapa del tugurio de tunantes.

¡Vuela, si en el resquicio de la aurora
te dejan, por azar, feble respiro,
segura que tus alas se abrirán
buscando el medio día que el sol dora!

¡Prepara bien tu pecho, que un suspiro
puede ser el principio de tu afán!

Abarrátegui



Bajo el arco del cielo

I

EN esta territorial circunferencia sin límites reside un bombachudo porteño, que usted conocerá, si le digo que su estatura física, con todos los ingredientes químicos, no roza las nubes. Es algo más bajo que el Obelisco, pues mide ciento setenta centímetros lineales y arrastra consigo un volumen inferior a trescientos centímetros cúbicos, incluido el rezago de su humanidad. Las primeras letras de sus nombres y apellido tienen una sola vocal y tres consonantes, pudiendo parecerse al simbólico y denigrante apelativo que la aborrecible chusma romana aplicó al piadoso nazareno, presentándole en carnaval a la vergüenza pública con la cómica marca de hierro: Yexus Nazarenus Rex Indeorum. «Ahí tenéis al Rey de los Judíos».

Este hombre que tenemos sobre el asador, ya reside en la tierra desde hace más años que el piadoso hermano del alma, crucificado en el monte Calvario, y al que le unen muy lejanos vínculos de parentesco. Solamente están identificados por el agudo despertar de una gitanería andante que los sacude y escupe de pueblo en aldea, en un tranquilo paso lento a través de los campos y desiertos o bajo el protector olivar, la parra ebúrnea, el sauce llorón o el arisco serrucho de la paja brava. Porque el suelo de la judería tiene el mismo encanto poético que esta semipampa arenosa, patria del cardo y el caldén y verde pastizal donde balan propietarios de largo vellón, mugen becerros en procura de la rebosante ubre y relinchan tropillas de solipedos que, a lo largo de los siglos, arrancaron conmovedores y bucólicas estrofas a Pindaro, Horacio, Virgilio y Grenn Junqueiro.

Aquí se dan la mano estos dos ejemplares de la fauna civilizada. Porque mientras el judío erró por los estrechos senderos de Jetsemani y del Líbano, absorbía cuanto le decían el rumor de los vientos meciando la cúspide de los álamos, los cédros y el canto de los pájaros. El hijo de Belén no ha tenido otra escuela. Puesto de pie en un mundo de perdición, su espíritu andariego le impidió conocer el universo de la belleza y saber de los griegos, sus vecinos mar por medio que, con sus trirremes, habían roto el horizonte de la geografía. Este deambular del crucificado sobre arenas y pedruscos, lejos de las babilonias, desocupado de los sentimientos familiares que le ataran con cadena a los afectos íntimos, le hicieron hombre, exento de prejuicios y proporcionaron levadura para el caldo de la libertad.

En este vagabundaje, el joven lampiño color de aceituna y largos cabellos que dan fe su despre-



ocupación por el atuendo personal, que no se bañaba por temor a lastimar el agua de los remansos, fue un número olvidado de aquellas tribus de mercaderes y filesteos que se mordían por cuestiones materiales. Los negocios le fueron bien en tanto no se acercó a las urbes para ver los estandartes de guerra y la morralla compuesta por los sicarios que Roma puso sobre la tierra judía para apalearlos a todos. Allí encontró su perdición, arrollado por el desecho ciudadano, complicado en tremendos problemas de dudosa moral y brutalmente zambullido en el mar de pasiones desencadenadas. Ignorante de la astucia diplomática, víctima del fácil engaño cayó en la trampa de la verdad sofisticada que levantaba monumentos a la adulación, a las mujeres que olian a perfume barato y al servilismo a los poderosos. Que fueron tirando de la lengua y su verdad salió pausada y tranquila de los labios, con claridad de vertiente cristalina. Era lo que aquella fauna hambrienta esperaba para acusarlo con el dedo ante los sirvientes y lacayos del imperio y darles el placer del circo. Pero, juzgándolo como pobre figura descarriada, descalza y desharapada casi, sin antecedentes ni recomendaciones, fue catalogado como un demente indigno de pisar el coliseo para batirse con gladiadores esclavos. Y de ahí que se eligiera la cruz para un suplicio de pobres que ofreciera espectáculo condigno a la morbidez encanallada que se retorcia bajo el látigo de Herodes, lacayo de los césares.

II

Pero este hombre argentino con quien dialogamos, es un pensador, graduado por la Universidad, que se enrosca en la complejidad de conocimientos históricos. Trata de justificar su temperamento romántico que le viene de los vikingos con un lastre de muchos siglos. Eran tribus salvajes del rubio norte europeo, tan grandes amantes de las mujeres bonitas que raptaban para desposarlas igual que comedores de carne cruda. Y no abjura de su aristocrático ascendiente, aunque tal revoltijo celular, como la naturaleza metió como en la alforja dentro de su caparazón exterior, le está ocasionando, con su belicosidad, bastantes dolores de cabeza para mantenerlas a raya.

Con esa carpeta de antecedentes bien se advierte que ambula por la ciudad como un extraño, aunque legítimo y auténtico representante de la escala zoológica, con deseos grandes de lanzarse al campo para hablar a sus anchas con el hombre que lleva dentro. En la ciudad nadie se entiende. Aquí, la palabra muere apachurrada sobre el asfalto, entre el ruido de las bocinas y las ruedas de camiones y carromatos o calcinada por el calor, embadurnada con el negro humo de chimeneas. Por ello que la gente no puede tener una idea original ni destacarse en alguna función de provecho, desprovista como está de esta facultad de expresarse con cordura, de transmitir al interlocutor un pensamiento. Las gentes gritan, se manosean y refunden en gesticulaciones extemporáneas de grueso calibre, en interjecciones soeces, salpicadas con ácidos químicos y salpimentadas con el gusto lacerante de las más variadas especies vegetales.

Igual que el hijo del carpintero, aunque porteño de nacimiento, se considera provinciano. Y con esa parsimonia solemne de los grandes acontecimientos, busca refugio en el silencio, tratando de salvar las barreras de la vulgaridad que obstruyen su camino. Parco en palabras, responde al diálogo con el número limitado de expresiones porque no se necesitan más para hacerse entender. Jovial, no obstante y gran bailarín de malambo, encuentra en las manifestaciones del arte nativo las sensibles cuerdas de la emotividad. Con aristocrática familiaridad, hecha al aire su humor, envuelto con el peplo chispeante de su carácter formal y casi adusto proveniente de un cerebro disciplinado para grandes realizaciones.

Es graduado en ingeniería agronómica. Pero el estudio de humanidades lo vinculó con el hombre y su tiempo, haciéndolo intervenir en las complicaciones abstractas que rigen nuestras normas de vida. Los acontecimientos históricos le robaron buen número de sueños para comprender la importancia de los estudios filosóficos que nos impiden dudar, ser tolerantes, manifestarse con optimismo, aunque más no sea que para combatir la pesadumbre que con tanta facilidad se apodera del común intelectual.

Alternamos en una actividad común. Y, a través de los años, coincidencias de pareceres y modos de ver el porvenir, llevaron muchos sucesos a inter-

pretaciones similares. Héroes, dioses y sus mujeres, que ya llenan los templos y necroterios, páginas de libros y falsos monumentos, todos fueron pasados por el cedazo de las amargas verdades prohibidas, que lastiman el sentido de lo ordinario. Cabalgando sobre mentiras, cuando el individuo se ve atrapado entre la madeja de sus trapisondas, oculta el rostro, como algo digno de traducir el rubor, dejando al descubierto sus vergüenzas. Y el gran personaje se derrumba.

III

El mundo vegetal no atraviesa por esta distorsión traumática, por estos contrastes. No hay relajo en su imperio de cielos abiertos de los que se apropia para defender su razón de haber nacido, crecido, multiplicado. Y cuando se siente desfallecer, lo hace sonriendo y se entrega, pleno, de soles y de lunas, como un desflorar de sucesos que siguen el curso natural de la existencia. Porque morir es un trance y consecuencia de nacer. Una continuación del proceso que completa su desarrollo en el clemente reino de la ingenuidad primaveral que todo lo concita a tal desenlace.

El hombre está indefenso sobre la tierra que pisa, cultiva y explota para sí. Puede ser un hoplita o un archimillonario, que para el caso lo mismo da. Cae tumbado luego de combatir en el campo de batalla, sin haber medido siquiera que en ese supremo esfuerzo va su propia vida. Lo hace así desde los albores de la historia y no se queja. Este suicidio encierra cuanto de grande tiene el sacrificio, sendero recorrido a trancos por tantos héroes y mártires como el pasado de la vida cuenta. Pero nada más. Eliminando el dinero, para el hombre que no tiene más que ese débil recurso y poder de razón para sobrevivir, no queda nada de él. Y el dinero es una invención muy reciente de desenvolvimiento. Creso, que ha fundado su reino en esa artificiosa ciudadela del enriquecimiento personal, data apenas de cuatro mil años en la leyenda. Pero antes de este personaje, el mundo ya recorría la vía láctea con sus canciones. Y las mujeres tenían hijos engendrados por los hombres y no por faunos. La edad está al alcance de la mano, como si el fenómeno se produjera ayer mismo. En la sociedad de mañana, cuando todos seamos iguales para disponer de la fortuna que cada cual haya atesorado y tenga que colocar en la balanza el patrimonio adquirido por cada uno de nosotros, tanto el ilota como el fellah, el príncipe o el ordinario burgués enriquecido, por igual serán dignos de lástima ante el drama pavoroso del auxilio que habrá de dispensarse a sus lágrimas. Y se verá entonces el bien escaso valor de las acciones ya sin cotización y del dinero desmonetizado. Y habrá que prepararse porque el supremo día se acerca.

El sujeto humano actúa por función unipersonal, partiendo de cuanto le ocurre. Todo lo concibe girando alrededor de sus problemas individuales y lo rige en grado espiritual de su intimidad. Ciego para ver y auscultar, no mide el dolor ajeno de las especies vivientes sino en cuanto le afecta sus inte-

reses particulares. Hijo de un producto rotativo, que a lo largo de la historia viene dando vueltas, es zarandeado y arrojado a merced de las circunstancias, admite los objetos y las cosas de su mundo estrecho con mentalidad primitiva. No observa más que figuras de formas esféricas o cuadradas. Admite al ángulo o el triángulo por una concepción geométrica, porque no puede prescindir de comprenderlo para defenderse mejor. Mas no está dicho que para la comprensión de la humanidad nueva no se descubran otras formas y colores que den al concierto universal melodías distintas y objetos fundamentales que justifiquen el vivir al margen de los problemas comunes que calcinan la metalización social y parten por el vientre el orden de la convivencia.

La planta no tiene otra defensa que la de aferrarse al suelo, hundir sus raíces para buscar el sustento, librar batalla contra los agentes nocivos, allí mismo donde la semilla ha germinado. No puede desplazarse como los integrantes de la fauna. Su lugar es el único donde tiene que desarrollarse, expuesta a los quebrantos y a las tormentas. Y comple su misión eficazmente, en forma exhurante, con optimismo y la confianza, se entrega al destino cierto que la naturaleza le ha reservado. Y termina el ciclo evolutivo, deteniendo su organismo cual un reloj al que no se le dio cuerda. Allí ha realizado su ideal para avergonzar al hombre que, no obstante sus civilizaciones y descubrimientos, siquiera aprendió a vivir en comunidad y a conducirse adecuadamente con las muy pobres normas de cultura que los siglos le metieron por los ojos.

IV

El nazareno murió aristocráticamente como por efectos de un síncope. Un hombre civilizado, ¡cuántas veces fallece desde que nace! El martirio de Jesús sucedió con la celeridad del relámpago. El no ha estado en campos de concentración, ni en las mazmorras zaristas o nazicomunistas. Tuvo la suerte de ignorar los terrores de la España inquisitorial, los tormentos de la Bastilla y los tembladerales de Sin Sing. No ha sido sometido a rigurosos interrogatorios científicos donde se arrancan al desgraciado uno a uno los tejidos de las vísceras. Al judío crucificado lo dejaron expuesto a las aves de rapiña en sangrante cuerpo físico, acompañado de otros desgraciados tan infelices como él. En cambio, los mártires de hoy, que han muerto mucho antes, ni siquiera tienen fosa común.

No admirarlos en el desprendimiento de su última voluntad viene a representar nuestra insensibilidad ante el inocente llanto de una criatura cuyo juguete se ha roto. Que también son lágrimas del destino por cuyos cauces circula nuestra existencia. Asistimos al nacimiento de una nueva religión del sacrificio desde que Sócrates se ha decidido por vaciar en su ancha boca, por donde habían salido tan sabias palabras que aún estamos escuchando, la pócima amarga de la cicuta. Desde entonces hasta aquí, un reguero de dolor gimiente circunda

el globo. Pero fueron ellos los que trazaron las rutas del progreso. Los potrereros, los alambrados telegráficos y telefónicos cantan en silencio sus proezas. Si soñamos, si tenemos alegrías, nos divertimos y el corazón se expande, es porque los mártires de todos los tiempos han estado anteriormente aquí para humanizarnos. Porque los que han estado antes en este jardín florido de la vida nos proporcionaron, no sólo una manera más fácil de buscar el sustento, sino de encontrarnos desde la superficie de la piel hacia adentro.

Lo que nos sobra en soberbia, incompreensión y bestialidad, debemos echarlo por la borda, siquiera en homenaje recóndito de lo que representamos. Nuestro planeta es muy grande para nuestra pequeñez frente al sacrificio. Insensibles al gran clamor de la historia, por mucho que nos entusiásemos y pinchemos la espalda del progreso, siempre quedaremos detrás si nos falta altruismo, emociones nobles para admirar la vida que se mueve bajo nuestras plantas, ilusiones que nos separen de la tierra, huyendo al espanto de lo que no debiéramos ver jamás.

Cuando nosotros nacimos el mundo ya estaba hecho. Miles de millones de almas habían trabajado para nosotros y llorado también el martirio de cuanto construyeron. Y la razón de encontrarnos aquí es para darle un empujoncito al progreso y hacer amigos que estrechen el concepto familiar del vínculo fraterno. Ser una célula más de este concierto universal, partícula diminuta, aunque no alcancemos a que se nos cuelgue la medalla, la escarapela o el escapulario del mérito y de la fé, ni nos premien con el sable corvó o depositen bajo la pesada mole del monumento. Que aun sin tanto arreo ni arnés de tribu con que una inveterada y oprobiosa costumbre de la civilización se castiga a los mortales que descuellan y desuellan, a los grandes cavernícolas, cargándolos de condecoraciones de trapo y baratijas— el rastrojo incitía a quebrar lanzas en un esfuerzo viril para hundir la reja y seguir adelante.

Que siendo otro más, pero de los buenos y con aspiración a convertirnos en los mejores, habremos cumplido una parte del ideal en este viviente suelo molecular de las ilusiones. Por doloroso que resulte, al fin no importa gran cosa en la resolución del destino que algunos lazos se quiebren aunque los muslos se desgarran. Lo interesante es continuar silbando acompasadamente al tendido galope del pingo, recibiendo en el rostro la madrugadora caricia del viento, escuchar el trino de los pájaros y embriagarnos de lejanía hasta las heces, hasta el punto final de la carta que nunca se escribe. Que si la tierra hierve y el trueno retumba en el firmamento, la vida quedaría huérfana e incompleta sin nosotros como lo estaría sin la efigie nazarena y este porteño paisano de las tres consonantes y una sola vocal, engrillado y emparedado por el amasijamiento urbano, constricto el corazón, el caminar cansino y mirada lánguida de estatua indígena.

CAMPIO CARPIO

Y Cristo en alpargatas

PROLOGO

Hay entre los montes de Andalucía un pueblecito que se llama Belén. El pueblo tiene, en su herguido corazón, una monumental iglesia en cuyo derredor dormitan simbólicamente las casas cerradas a toda luz exterior. Cerca de Belén hay un cauce de río seco, no menos simbólico y en la erosión del terreno se construyó, con piedras y brazos de tiempos feudales, un puente. Debajo de ese solo puente de Belén hicieron sus chabolas algunas familias pobrísimas de esas que en España viven a fuerza de ignorancia, de soledad y de olvido.

Nochebuena de 1913. Noche clarísima, rematada de multitud de estrellas. Luce entre ellas, espléndido y pujante, un lucero. Abajo, por los campos y del pueblo, llegan con el aire agudo de los espartos, gritos de gente que se emborracha, que no se sabe si ríe o llora, que canta unas veces villancicos y otras fandanguillos, siguiriyas o soleares. Suenan lejanos panderos y zambombas.

De cuando en cuando pasan, como sombras, gentes que van al pueblo o que vienen a refugiarse a las chabolas.

NIEVES

(Una anciana, a Carmela, que pasa.)
¿Tienes un poco de lumbre, niña?

CARMELA

Me parece. ¿Quiere?

NIEVES

Un carbón me basta y sobra.

CARMELA

¿No tiene leña?

NIEVES

Muy verde,

pero me gusta el olor que despide cuando prende.

CARMELA

¿Qué está haciendo de cenar?

NIEVES

Unas migas, como siempre.

CARMELA

¿Con tocino?

NIEVES

No: jureles.

CARMELA

¿Hubo pescado en el pueblo.

NIEVES

¿Pues no sabes que hoy es viernes?

CARMELA

¿Y eso a usted...?

NIEVES

¡Ay, niña, calla!

¡Se hace lo que se puede!
Yo, las vigiliás que guardo las guardo cuando conviene. Si una pudiera comer pollos asados o liebres con ajillo y vino tinto en vez de pan con arenques, unas migas o unas gachas y todo con tan poco aceite, me sentiría duquesa aun debajo de este puente.

CARMELA

¡Que no hay mejor señorío que el de darle gusto al vientre!
¡Y esta noche es Nochebuena, noche de estar al relente dándole a Dios la tabarra!

NIEVES

¡Con tal que el Niño se alegre!

CARMELA

¡Ay qué fría está la noche!
¡Dios ni se entera, parece!

NIEVES

Yo no sé cuanta alegría puede haber entre la gente que cobija sus miserias con frios de toda suerte!

CARMELA

Una ríe bajo el cielo estrellado y hondo, Nieves.

NIEVES

¡Cuando en el pecho se aloja una esperanza imponente de macho, que de un abrazo colme tus ansias y sueñe frente a tus pechos herguidos como plegarias calientes!
Pero más tarde, a mis horas, cuando el amor viejo hiede a colillas y a vinazo y hay diez bocas que al pan muerden con hambre atávica y verde, una ve en la Nochebuena una burla muy solemne...

CARMELA

¡Ay, calle usted, por Dios, no diga cosas de hereje,



que el infierno está a la puerta de quien al cielo zahiere!

NIEVES

¿Y qué he dicho yo?

CARMELA

Horrores

porque no sueña ni puede abrigar en su esperanza una ilusión...?

NIEVES

¿Y mi vientre de qué vivirá, Carmela?

¿De ilusiones solamente?

¡A ver si el cielo nos da algo más que pan y arenques! Pero este Dios que hoy nos nace muy arbitrario parece, que al rico da mazapán y al pobre ni pan ni dientes. Dame esa lumbre y callemos arrastrando, como sierpes, nuestro silencio en el fango de esta miseria al relente.

CARMELA

(Se aloja con indiferencia.)

¡Yo soy más rica que Dios en mi choza, bajo el puente, porque me mina el amor con un poderío fuerte!

¡Tengo el carbón encendido en una fragua y me hierva la sangre con alhucemas que a monte de mayo huele!

NIEVES

¡Ay, la loca soñadora!
¡Miradla cómo se pierde en rosarios de quimeras que han hecho nido en su mente!
¡Ya te dará a ti la vida un buen golpe y no en la frente cuando los hijos hambrientos a las tetas se te cuelgan como lobeznos que esperan algo más que amarga leche!

(Se va a su chabola.)

FERNANDO

(Viene del pueblo. Pasa por el puente y sobre él se detiene. Está algo borracho.)

La virgen lava pañales, ¡ay que suerte tiene el niño!
¡A mí nadie me ha lavado pañales ni calzoncillos!

CARMELA

(Sale de su antro, con un carbón encendido en unas tenazas.)

Porque no tiene vergüenza ni nunca la ha conocido.

FERNANDO

¿Dónde vas con esa brasa?

CARMELA

¡Voy a estamparla en el frío!

FERNANDO

Dámela mejor a mí,
ya ves que estoy arrecedo;
pero dámela en tu boca
que es como la necesito.

CARMELA

Que te la dé tu mujer,
muchas tiene en su corpiño
y el meneo de sus nalgas
muchas ascuas ha encendido.

(Va a la chabola de Nieves.)

FERNANDO

Estaba la luz dorando
la ramita de un olivo.
Entre la caña y la carne
tengo un chorro de jacintos.
A mí me da mucha pena,
pero a nadie se lo digo,
verme la sangre de horchata
y ser cabrón consentido.
Cuando a Dios le da la gana
porque no le quedan grillos,
hace que cante la gente
su pena y en los olivos
una presencia aceitosa
hace sombra a lo infinito.
Yo bien quisiera cantar
mi pena con un «gipio»,
¡miro al cielo y un eruco
me sale en lugar de un grito!
A nadie le escuece el alma
cuando vengo con mi sino
de alcohol y aceitunas verdes
¡a ver si callan mis hijos!

CANOSANTO

(Esposa de Fernando, amarga y sarmantosa.)

¡A ver si te callas tú!
¡A ver si llegas, marido!
¡Me está matando la pena
de verte ahogado en el vino!

FERNANDO

¡Y a mí la de verte así
en el instante preciso
en que el cielo, a su manera,
hace las peces conmigo!

CANOSANTO

¿Qué sabes tú, malasombra?

FERNANDO

Sè lo que dicen los libros:
que Dios se pone de acuerdo
con su mayor desatino:
el hombre de carne y hueso...

CANOSANTO

¡El hombre de hueso y vino!

FERNANDO

(Canta.)

La paz ya está en los pañales
con los muslos escocidos,
y la virgen no da abasto
con tanto lavar al Niño!

CANOSANTO

¡Quién tuviera la ventura
de haber tenido su virgo,
y haber visto el bien de Dios
entre mis muslos perdido!

FERNANDO

En tu vientre no hizo sombra
más que el vuelo de aquel mirlo
que buscabas cuando eras
la moza de mis sentidos.

(Dejan de cantar.)

CANOSANTO

¡Yo no sé que le hice a Dios
si quererte fue un delito!
¡Ya ves tú cómo me como
el fruto de mi castigo!
¿Quieres bajar de una vez?

FERNANDO

Déjame estar un ratillo,
bajo este cielo estrellado
que se parece a mí mismo.

CANOSANTO

¡Vas a coger algo malo!

FERNANDO

¿Peor de lo que he cogido?

CANOSANTO

Te he hecho un caldo de gallina
y te he guardado blanquillo.
¡Anda y ven a calentarte,
que el brasero está encendido!

(Se va.)

FERNANDO

Bajaré cuando me deje
este deseo infinito
de mirar al cielo entero
cara a cara y con un grito:
el grito que a Dios invita
a estarse un rato conmigo.
¡Si yo pudiera saber
donde tiene su garlito,
ahora iría a preguntarle
lo que saber necesito: ¡
¡Quién es el que tanto puede
y me deja aquí sumido
en la impotencia espantosa
de ser sombra de mí mismo!
¡En qué cárcel de ignorancia,
o en qué pasión sin sentido
mi vida es la triquiñuela
donde me encuentro perdido!
¡A ver Dios, cómo te arreglas
para explicarme tu niño
con razones que no tengan
sabores de villancicos!

MENDIGO

(Apareciendo tras Fernando)

¿Me llamabas?

FERNANDO

¿Tú quién eres?

MENDIGO

Yo soy Dios.

MENDIGO

Tú, ¿un mendigo
con barbasas amarillas?

MENDIGO

Yo. Dios. Palabra, principio
y fin de todas las cosas.
Autor de Vida, Luz y Camino.

FERNANDO

Si eres Dios, con esa pinta,
hay que ver que te has lucido.

MENDIGO

¿Qué más te da mi presencia?
Júzgame por lo que digo.
Vengo a echar la parrafada
que tú solo me has pedido
y has de soportar mi facha
para conocer mi aviso.

FERNANDO

Con un Dios tan andrajoso
nunca me hubiera encendido.

MENDIGO

Yo soy el dueño del mundo
y nada a nadie le pido.

Acudo donde me llaman
como tú me has requerido.
Solo estoy siempre en mi gloria
sin cuidar cómo me visto,
y si vengo hasta esta parte
para dialogar contigo
es porque tú lo requieres.

FERNANDO

Yo llamo a Dios, no a un mendigo.
Pero es mejor Dios humilde
a mano que lejos, rico....
(Sacando un paquete de cigarrillos)
Coge un cigarro si fumas.

MENDIGO

Fumo. Gracias.

FERNANDO

Nunca he visto,
en mi marrullera vida,
Dios más pobre ni castizo.

MENDIGO

Ya lo ves : uno se adapta
al corazón más sencillo.

FERNANDO

¿Y vienes, siendo quien eres,
a este suelo tan mezquino
sin siquiera unas pesetas
dispuestas en tu bolsillo,
para el condumio y la cama
y, si se ofrece, el traguillo.
En esta tierra asolada
no hay más calor que el del vino,
esa si que es mi esperanza,
ese si qui es mi destino.
Lo demás, vivir siguiendo
la rutina de los siglos.
Que dicen que es Nochebuena,
pues a beber y a vivirlo.
¿Que es la pasión del Señor?
Bebiendo también sufrimos.
¿Pascua de Resurrección?
No hay resurrección sin tinto.
¿no hacen los curas lo mismo?
Dios ha creado la viña,
pues viva el gusto divino.

MENDIGO

Me gusta la valentía
de tus diestros desaliños.
Te agradezco los honores
pero yerras de continuo.
¿Quién te habló jamás de mí?

FERNANDO

Los que dan el catolicismo
en las escuelas de España.
El retrato que te hicieron
en el cartón de los siglos,
no me gusta, francamente,
pues eres un Dios ladino,
inclinado absurdamente
a tus sagrados caprichos.
Tú, a los que dicen ser tuyos,
les das el mejor cobijo,
honores y galardones,
riquezas y poderío...

MENDIGO

¿Cómo sabes tú que yo
puedo dar lo que no es mio?
Yo soy señor de la vida,
y la vida es como un lirio
solo nacido en el valle,
de mi saber infinito.
Soy virtud que en bienes da
perfumes claros y limpios.
Yo no tengo otra riqueza.

Tú nunca me has conocido.
En esta noche apacible,
quiero hablar de amor contigo.

FERNANDO

Entre tú y yo el amor sabe
a pan duro con tocino...
Tú no me puedes negar
con razones que no sigo,
que una gran contradicción
denunciará tu designio.
El dios de los cielos puros
elige a su modo un Virgo,
era una moza sin perras,
novia de un pobre judío.
Luego nos largas, callando,
el fruto de tu cariño,
lo acuestas en un pesebre,
en el yermo y bajo el frío,
entre pastores humildes,
ovejuelas y borricos...
Allí la moza garrida
y el confiado marido,
que no encontraron posada
en un buen hostal de su siglo,
siendo tutores de Dios,
se quedaron tan tranquilos.
¿Por qué conformas tu gesto
a un tema de villancico
y permites el ultraje
de ver esta noche al rico
cantando con panza llena
lindezas al pobre ungido,
mientras nosotros, los pobres,
los cargados, los rendidos,
amarga y mezquina cena
nos espera y nuestro nido
es antro que ni las bestias
nunca hubieran elegido?

MENDIGO

¿Envidias tú las riquezas?

FERNANDO

No es el oro lo que envidio;
pero me ronda la rabia
de ver miserias conmigo.
Sólo me muerde el dolor
de ver estrellado el sino
de mi gente que en mi espera
lo que yo espero en el vino.
Es la miseria encerrada
en un insondable abismo
lo que en trazos de ignorancia
me aprieta el pecho y lo grito
mientras suena la zambomba
y es el pandero batido
con una risa que anuda
el corazón al ombligo.

MENDIGO

Todos los pobres del pueblo
lloran tu pena, lo mismo,
porque esperáis solamente

la redención del cocido,
la libertad del potaje,
el ideal del chorizo...
La región está llorando
mientras que canta a su estilo
con pena de ver qué pena
falta en la casa del rico.
 Toda la nación revienta
con lágrimas de suplicio
porque el chico envidia al grande
y el grande desprecia al chico.
Amores desvirtuados
son odios, como granizo,
que en vez de regar las flores
las destrozan en su sitio.
España, que eso es España,
necesita otro suspiro.
El de buscar libertades
más arriba de este circo
donde titeres beatos
y payasos libertinos
dan volteretas al son
del bombo y de los platillos
y en el aire amargo suena
aplauzo muerto, de simios...
Mientras el pobre se aguante
llorando por su destino
y tienda el brazo pidiendo
las sobras de otros mendigos,
habrá envidia en Nochebuena
y todo el año, martirio.
La paz que te vengo a dar
no es paz que logres tranquilo,
con estómago contento
y hogar con lumbre y panizo.
Es otra cosa mi paz
que se arrebató al destino
con un gesto de combate
contra el error... Y es preciso
ver el error en tus ojos
antes que en los del vecino,
ver que te faltan grandezas
ahogadas en tu egoísmo
y que en gestos varoniles
hechos pecho y sacrificio
para hallar salidas nuevas
al alma en su laberinto,
el pueblo entero tendrá
luz para andar su camino...
El camino de la Vida
es modesto senderillo
empinado sobre cerros,
cortado sobre los riscos,
el que lo quiera seguir
tiene que andarlo con ritmo
de lucha y amor constante
siempre en favor de su prójimo.
Y el coste será, tan sólo,
la renuncia al apetito
de la ambición personal

y el laurel inmerecido.
El precio no está en la fe
que religiones de mitos
se otorgan para engrosar
materiales beneficios.
Yo digo: no a toda forma
de fantásticos instintos...
No a la ofrenda de plegarias.
No a los cultos sin sentido.
No a los hábitos externos.
No al ayuno. No a los ritos.
No a las limosnas piadosas
que engendran sólo mendigos.
No a instituciones teológicas
que dan ganapanes pios.
No iglesias que sólo encierran
falsedades en su brillo.
No a babeles de oro impuro
donde confundo, en sus libros,
quienes estudian mi mente
ignorando que yo evito
toda ciencia que no nace
del personal sacrificio...
Y el sacrificio que espero
no en altares lo permito.
Lo anhelo en las manos limpias
y en el esfuerzo sufrido
del hombre que sabe a hombre
luchando consigo mismo.
El sacrificio perfecto
es el que hago en mi Ungido,
varón capaz de dolores
y a dolores sometido,
no por darme a mí el gustazo
de ver sangrando a mi Hijo,
sino por darse la honra
de verse entero, perdido,
pagando a precio de sangre
la libertad del cautivo...
Libertad que sólo vale
un gesto de honor preciso.
Que nadie adore el ejemplo,
con postraciones sin tino,
ni plegarias salmodiadas,
el ejemplo hay que seguirlo.
Cuando el orgullo español
torne en dignidad su oficio,
otro gallo cantará
por entre espartos y olivos,
y la embriaguez de leyendas,
de tradiciones y mitos
que dominan vuestras almas,
con aberrante dominio
tendrán renuevo de vida
con íntimos regocijos...

ABARRATEGUI

(Continuará.)

Las parábolas cínicas**EL TESORO**

HABIENDO dicho Psicodoro, después de las palabras ingeniosas de los tres hombres alrededor de la lámpara, el gesto ingenioso de Diógenes, un auditor se levantó. Nadie lo conocía aún entre los discípulos, pues hacía unas pocas horas que había llegado. Pero se supo más tarde que se llamaba Teomano.

Teomano, irritándose contra el viejo filósofo, dijo:

—Yo desprecio tus palabras, pues he escuchado otras más altas y más ricas. Pero no puedo repetir las, porque se me ha hecho jurar silencio. Oh Psicodoro, en lugar de esparcer tu ignorancia, polvo estéril, deberías hacerte iniciar y hacerte sembrar en Eleusis. Oh Psicodoro, no digo que tu espíritu no sea tal vez una antorcha noble; pero ninguna antorcha podrá prenderse por sí misma y El que se inicia es el solo Prometeo que posee el fuego de los espíritus.

Dicho ésto, Teomano cerró a medias los ojos y tenía en los labios una extraña sonrisa. Pues volvía a ver, de nuevo tembloroso, el gesto del hierofante separando los velos; y su alma repetía, cual ec odeslumbrado, las fórmulas que ante ella una voz de certidumbre plantó como teas en el vacío oro de las fábulas.

—Desconfío, dijo negligentemente Psicodoro, de las luces que se esconden. Helios ilumina la calva cima de las montañas más tiempo que en los bosques y los valles; pero no penetra en las cavernas en donde se enterran los bandoleros y los sacerdotes de cultos secretos.

—¡Oh, malo! los bandoleros se reúnen para hacer el mal, pero los iniciados se reúnen para hacer el bien.

—¿De qué bien nos hablas?

—Lo que sólo puedo decir es que se me ha prometido para después de la muerte, goces deliciosos e intensos que no terminarán nunca y, para merecer ese tesoro maravilloso e inagotable, me conduzco piadosamente.

—Te conduces locamente, tú, que en vez de buscar, andas en busca de lo que tal vez no existe.

—Aunque la promesa fuera una mentira, exclamó el iniciado, oh noble mentira que me ofrece la esperanza...

—Esperanza de hoy, decepción de mañana.

—Esperanza que me mantiene vivo, esperanza útil y sola que me conduce hacia el bien.

—Lo que amas es un fantasma que te roba lo real. Amas un ensueño que te impide cumplir tu obra. Aras con tu arado en las nubes, en vez de sembrar tu campo y cosecharlo.

—Otra vez son oscuras tus palabras.

Pero Psicodoro dijo, dirigiéndose a todos:

—Escuchad una parábola:

..

Un anciano ya con muy poca vida pensó:

—Mis tres hijos son hombres ordinarios. Quisiera hacer de ellos trabajadores valientes y encarnizados. ¿Por qué medio podría enseñarles útilmente que el trabajo es un tesoro?

Reflexionó un instante y luego sonrió, pues creyó haberlo encontrado.

Habiendo hecho venir a sus hijos, les habló con cierto aire de misterio:

—No vayáis a decir lo que váis a oír. En el campo que os dejo como herencia está escondido, profundo pero enorme, un tesoro. El lugar exacto, lo ignoro. Pero vosotros sois bastantes fuertes para excavar por todo.

Habiendo dicho estas palabras, murió tranquilo el viejo, con la esperanza de que la tierra mejor removida, daría a sus hijos triple cosecha.

Ocurrió que como el más joven de los hermanos se creía poeta, pasaba los días enteros tumbado por el campo, repitiéndose con una alegre emoción: «¡Quién sabe si no me encuentro encima del tesoro!» Pensaba en las voluptuosidades que su parte le produciría y a veces, sacando tabletas de su pecho, inscribía en ellas un mal epigrama en honor de Afrodita o de Dionisios.

Los dos mayores hurgaban la tierra sin descanso. Cuando llegaban al rincón en donde soñaba el hacedor de versos, le gritaban: «Levántate holgazán que tal vez estás encima del tesoro». El trasladaba un poco más lejos su cuerpo y la deslumbrada banalidad de sus sueños, mientras que ellos cavaban en el lugar en donde se hundía su esperanza.

Pero era esta esperanza una raíz sin raigambre y que se aleja ante el esfuerzo, puesto que la mano nunca la agarrará. Siempre lo buscaban en lo hondo y jamás encontraron algo.



Mandarrón y Candilico

LOS ricachos y pudientes de aquel pueblo entre navarro y aragonés, tan en la « muga » que son mitad y mitad, tenían menos preponderancia que los pobres. Allí dicen « muga » a la juntura de terrenos distintos con un mojón escrito por las dos caras, y la preponderancia significa que había ¡naturalmente! más pobres que ricos. Preponderancia numérica, algo es algo...

En busca de amo acudían todas las mañanas a la plaza. Gente sobrancera, sin patrón ni jornal fijo, la mayor parte cargados de obligaciones. También, muchos jornaleros y pocos jornales. Las casas ricas y las de pan y puerco tenían gañanía de plantilla. Pero si llevaban algún loguero, el cachicán buscábalo con candil entre los propincuos al burgués por razón de política.

Holgaban por fuerza mayor los legones, descansaban los destrales y guardaban fiesta sin serlo los demás instrumentos camperos. La necesidad diaria era lo único que no paraba... ni los mocetes de pedir pan a sus madres.

— Pequeña, corre con la tarja a lo de Galo y que te muesque un pan, si a bien lo tiene.

El cabeza de familia, sin saber el sí o el no, toma el zurrón de piel de cabra, la gayola con el hurón y un garrote de puño vuelto.

— ¿Ande vas con to ese equipaje, fato?

Cuando el tiempo de las siembras vino, dijo el mayor:

— ¿Para qué vamos a sembrar? Nada representa el valor de una cosecha, si hemos de compararla al tesoro que algún día descubriremos.

El segundo tuvo otra opinión:

— De todos modos deberíamos sembrar. No me parecen mal los beneficios que se adicionan. Tú no te desembarazarías de una pequeña parte del tesoro. Entonces, ¿por qué perder lo que podemos ganar de más?

Sembró, pues, por todo el campo; pero con el mismo mal humor o la misma indiferencia que empujaba para quitarse de enmedio a su joven hermano, daba vueltas al trigo que crecía cuando, en vez de creer encontrar el tesoro en el lugar pobre en donde su hermano soñaba, lo imaginaba en el lugar rico en donde el cereal crecía.

Al fin la cosecha enriqueció a los otros y los tres hermanos no recogieron nada. Su enloquecida pobreza volvía la tierra con manos temblorosas. El mismo poeta hurgaba ahora tan ávidamente como sus otros hermanos.

Pero pronto vinieron los acreedores y se ampararon del campo. Siendo la propiedad demasiado pequeña para pagar todas las deudas que se habían permitido aquellos futuros ricos, los mismos buscadores del tesoro fueron vendidos como esclavos.

HAN RYNER

(Trad. V. M.).

— Hembra tenías que ser para que el perro a comprender te ganase.

— ¡Ya, pero no quiero que vayas!

El hombre negro por dentro y el perro canelo por fuera salen a la calle: al cazador le dicen « Mandarrón » (por la blusa larga que teniendo empleo en el Garapito usaba), al chuchito lebrero « Mazzantini » (esto no sé por qué).

En el Alijar de los Ababoles tropieza « Mandarrón » con « Candilico », otro cesante, mal vistos entrambos por no dejarse avasallar ni poner los pies en la iglesia. Ahora están tocando a misa de ocho.

— Hay que darles la batalla a los gordos, y aquí no se arriman a crear el Sindicato de los flacos.

— Hombre...

— Zamora — sentencia « Candilico » — no se hizo en una hora.

— Pues yo he resuelto no esperar más, porque esto se pasa de castaño oscuro.

— A cavar fendo voy, y salga el sol por Antequera.

— Deque te vide con la ajada al hombro lo supuse.

— ¿Y tú?

— ¿No lo barruntas u qué?

— Suerte, Mandarrón.

— Igual te deseo, Candilico.

Contemplé el cuadro de la casa sin pan y escuché el diálogo de los dos proletarios en el Alijar de los Araboles. Fuerte cosa robar para comer, a lo que iban el cavador de regaliz y el cazador furtivo. Era primavera y todo renacía. Tenía la mañana azulidad de imagen en fanal transparente e incitaba a ser buenos. Tañendo, el campanico parroquial esenciaba.

Pasó el hornero con su carga de encendanjas a monte; y el pañero de Fortuna, marchoso, con la suya al hombro; y el alcarracero de Andujar, entre todos los foráneos el más extraño; y... la solterona machucha desoida de San Antonio, porque el Santo le reservaba asiento en el polletón...

En las puertas del Peso público y de la botica formaban sus repúblicas los indiscretos y nada solícitos roedores de zancajos: crítica, pesebre y cama.

Al filo de las doce — aún lo recuerdo —, llegan los civiles a la Casa de la Villa con « Mandarrón », esposado, y los guardas jurados con « Candilico », sin esposas. A los del Peso y a los de la botica, que revientan de gozo, no les falta más que aplaudir. Poco sé de leyes, pero robar para comer no es delito; delito es comer sin trabajar.

Fuí a reprocharles su satisfacción a los señoritos de la trinca: crítica, pesebre y cama. Me quitaron la intención los propios presos, que al pasar escupieron despreciativamente, a título de hombres dignos, a los desalmados de cada corro.

PUYOL

EL UNIVERSO DE ALAIZ

II

AL parecer, en materia amorosa, no hay gran diferencia entre el espíritu malicioso que suele campear en Occidente y el de Oriente. Alaiz nos cita, comentando a Samaniego, al que tanto amaba, una fábula oriental, según la cual, después que la japonesa prometió recuerdos eternos, como el moribundo dijese que se conformaría con que durasen «lo que tardará en secarse la tierra que me cubra», una vez enterrado, se veía a la viuda ir al cementerio a airear la tierra con un abanico para que se secase antes.

Ejemplos mil se encuentran en la copiosa obra legada por Alaiz, en ella alterna la fineza, el humor, la dentellada y el elogio con justeza geométrica. Un ejemplo de amor apasionado refiere cuando en 1808 se produjo la guerra contra Napoleón. Afirma, y probablemente acierta, que Agustina de Aragón no se batió por patriotismo ni por inclinación a la pelea. «Agustina se sublevó cuando vio caer a su amante víctima de los tiros franceses». Otro tipo de amor encontramos en el capítulo que dedica a «Bécquer en la marejadilla española». Mordaz, pasa en revista la burguesía de 1860, y dice: «Las españolas de la clase media tenían ya un piano con teclas quejumbrosas (en otra ocasión cuando observa el aburguesamiento de bastantes exilados, también dice lo mismo), un album lleno de retratos de Cuba —era la guerra—, y lo más alegre del mundo: un marido prosaico.»

No concibe las razones que tienen los novelistas para no escribir nunca un libro sin que entre en juego algún pantalón mal tenido o alguna falda dispuesta al descosido. «Dentro de un siglo se considerará una grosería darle tantas vueltas al amor.» «El amor es plato fuerte de banquete ostentoso para los idiotas y entremés privado, íntimo para los inteligentes.

También en el mismo orden, cuando hablando de Azcárate se refiere al amor, vuelve a expresar su muy pensada idea y dice: «Los hombres verdaderamente enamorados apenas se atreven a decir que quieren cuando se atreven a querer».

Estos juicios fueron emitidos muchos años antes de que Alaiz contemplara la generalización de las escenas callejeras de hoy día, fiel reflejo de teatralería amorosa, que dista mucho de ser «la privada e íntima de los inteligentes», sino indiscutible signo de impotencia y degeneración.

A Alaiz se le encuentra cuando habla y discurre acerca del amor, cuando vapulea al charlatanismo, cuando desprecia al dinero, al lujo y a todo lo que «brilla» como valores ficticios. Nada justifica la adquisición de riquezas. «Si Bécquer muere de hambre, también la tejedora y el leñador.»

Nosotros podemos agregar: y Alaiz. En sus últimos tiempos no diremos que Felipe Alaiz pasara hambre, tampoco que estuviera en la miseria, pero sí que llegó a una pobreza rayana con la una y con la otra. Una pobreza digna consecuencia del hombre culto que no ha tenido ni ambición ni espíritu aprovechador ni siquiera preocupación material alguna, menos aún intentos de hacendado, de acaparador ni de mercenario, ni aún en el más benigno sentido de éste como es el salario. Ha apreciado mucho a su pueblo —y ya le faltamos el respeto al decir «su» pueblo—, pero no ha encontrado valores verdaderos más que en los individuos. No hace excepción cuando enjuicia a las multitudes políticas: «Las luchas entre españoles responden casi siempre a un antagonismo extraño. Se amontonan a un lado los que simulan no creer en nada creyendo en todo, y se amontonan en el lado opuesto los que simulan creer en todo no creyendo en nada». Cree tanto en el individuo y en la acción individual que muchos rasgos se encontrarán con expresión individualista como la siguiente, hablando de Concepción Arenal: «Creía que todos los males nacen de la defectuosa organización social? Hay quien afirma que los impulsos de violencia no se darían en una sociedad perfecta. ¿Puede existir la perfección? ¿Qué es? Nadie ha podido decirlo con teoría ni con hechos. Lo evidente es que si los hombres han de esperar para ser buenos a que lo sea el régimen sobran las ideas anarquistas.» Todas nuestras publicaciones, todos los discursos de los anarquistas y todas las peroraciones deberían tener y repetir como lema este acertado juicio alaiziano.

Que el individuo debe adquirir sus responsabilidades y que la sociedad no es lo culpable que se dice a veces de las cosas pecaminosas de los hombres, nos lo concluye con lo siguiente: «En el actual régimen hay una ramera que dice serlo por necesidades económicas y otra no es ramera teniendo las mismas necesidades económicas y parecidas perspectivas de desenvolvimiento.» Y agrega: «es un error achacar la maldad de los hombres a la maldad del régimen porque todo ello equivale a creer en el absurdo de que un régimen hecho de serafines enderazaría todos los entuertos del mundo.» «Si una jovencita pobre cae en las zarpas de un rico para ser instrumento de placer es porque ella quiere parecerse al rico, vestirse y engullir como éste, no porque haya ricos y pobres. Ahora bien: el hecho de que los pobres tengan pretensiones de ricos es lo que eterniza el régimen de los ricos, no las fuerzas coercitivas de éstos como se dice en los prontuarios marxistas.»

Y esto, que lo decía y escribía para que fuese escuchado y leído, lo puso en práctica con su vida ejemplar, de desapego al dinero y a la propiedad.

Fué un pensador y un revolucionario en el más

amplio sentido de la palabra. No fué un revoltoso ni tampoco un agitador. Exponía, educaba. Descubría trampas y las decía; encontraba maldades y las denunciaba. Lo hacía con el talento de un pastor en monte pobre que tiene los corderos gordos, y con la picardía de un Rinconete granado. Siempre digno e intransigente con el mal, con la molicie, con los « pasteleros », como llamaba a cualquier parto de indole política.

La subversión popular de Asturias del año 34 dejó de ser acto político cuando los trabajadores, los mineros, «que no creen en ningún programa sindicalista, socialista ni comunista, sobrepasaron las consignas de los comités».

Pocos escritores han calado tan hondo en las cosas sociales como lo ha hecho Alaiz. No había acontecimiento en el que no vislumbrase la mano misteriosa de la batuta. No puede estudiarse historia sin tener en cuenta las «advertencias» que podemos encontrar en lo escrito por nuestro compañero. Del general Prim hace una revelación que difícilmente encontrará el estudioso en ningún tratado de historia. La recoge él de unos escritos firmados por Eulalia de Borbón; dice así : «Cuando Prim y los suyos tuvieron que abandonar la idea de llevar a Leopoldo al trono español y se inclinaron al príncipe Amadeo de Saboya, las relaciones franco-prusianas estaban tan tirantes, que no se pudo evitar el estallido. En realidad, después se ha visto que Prim sólo fué un instrumento hábilmente manejado por Bismarck, que necesitaba provocar a Francia.» Esto de ser instrumento de alguien en política es cosa corriente, y por lo general sólo se sabe bastantes años después. Instrumentos de cierta política que pueden dividirse en dos clases : los que son conscientes de ello y los que lo ignoran. El análisis más profundo lo encontraremos cuando Alaiz coge al hombre por todos los lados, en lo social ha hecho él lo que biológicamente está haciendo el otro querido nuestro, Jean Rostand. En el hombre lo más encariñado de Alaiz es lo básicamente anárquico. No lo analizaremos en esta ocasión; estudiaremos al anarquista de Alaiz más tarde. Por hoy conformémonos con «catarlo» un poco. Una buena dosis anárquica es ya el pronóstico que lanza sobre su protagonista: «Quinet ni gobernará ni será gobernado». He ahí una condición anarquista. Dos condiciones que hacen una. Separarlas y no queda ninguna. Quien tiene alma de gobernante o de gobernado carece de alma anarquista. «He comprobado, decía en otra ocasión, que en nuestros medios (los libertarios) el modesto parece un atontao, entre tantos sabios como pululan de norte a sur y de este a oeste.» Y como broche referiremos la condición del que no puede ser anarquista, con lo que formamos un tríptico *sine qua non* de temple y mente anárquica : « La tortura íntima de un anarquista ¿cómo puede sentirla un aprendiz a millonario?»

La idea de gobierno se encuentra a menudo anatematizada siempre sin pasión pero sin compasión. «Gobernar significa comer y tener mando», y si por acaso había dudas o distinguos agregaba : «No se trata de que nos gobiernen mal o bien; lo que queremos es sencillamente que no se nos go-

bierne de ninguna manera; despreciamos a esos abogados de la clase media, que para codearse con la aristocracia se han hecho gobernantes y comisionistas de lirica». Desde luego nunca dijo que esta última «profesión» fuese exclusivamente reservada a la tal clase, también los «aprendices a millonarios» gozan del «lirismo» en cuestión. La antítesis del «comisionista de lirica» fué Joaquín Costa. Su teoría es el mejor remedio para curarse de tal vicio. El «cronista de lirica» de Alaiz equivale al «tenor hueco que canta a la luna», de Machado. La teoría agraria de Costa fué adoptada, después de desvirtuarla, para el repertorio «lirico» de la CEDA con Gil Robles por mayoral. Como sólo adoptaron el programa costista para «revestirse», ningún trabajador picó en semejante anzuelo. Por lo menos entonces.

Que Gil Robles se atribuyera las ideas de Costa constituye un escarnio tan grande como cuando aquí oímos a un fray Roques, dominicano, de la Orden de Predicadores, hacerse suyas las teorías de Proudhon sobre la propiedad.

El hombre no debe, para ser hombre, ser de doble ni múltiple conducta. No es de hombres ni de anarquistas, por ejemplo, dar «trato de diosa» en público a la mujer, y en privado «trato de barragana». Por la misma consecuencia, ser anarquista en los medios ídem y dejar de serlo fuera da motivos al recelo. Como recelo provocan los remedos de gitanería, que son muchas veces las modas políticas de circunstancia y de «petite semaine».

Ama mucho a Arniches, «modelador de pícaros». El pueblo aplaude al pícaro y después lo hace diputado «para que cene dos veces», mentalidad muy similar a la del revolucionario que lo es pensando sólo en el día de la repartidora. Arniches arremetió contra el pícaro y lo clavó en la pared».

El juicio y deducción social de Alaiz queda también reflejado en la siguiente comparación : «Dentro de cien años los sainetes de Arniches serán documentos vivos para juzgar esta época y no servirán de nada los discursos de Largo Caballero porque no reflejan más que lo que otro socialista puede reflejar : refritos.

En ese pícaro mundo de Arniches-Alaiz, entra un tercero : «el fresco»; «el fresco» es flemático, susceptible y vidrioso en circunstancias favorables, poco quisquilloso en las desfavorables, cínico, etc., y sobre todo gandul. Estos miles de «frescos» son los que «levantan el puño cuando no pasa nada y lo bajan cuando pasa algo».

Le da lástima un Blasco Ibáñez porque «llamándose demócrata y liberal, sometió a servidumbre a unos colonos valencianos en América. Empeño imperdonable. Luchaba contra el feudalismo según afirmación propia, y quiso ser señor feudal en Argentina.»

Y Alaiz tiene muchísima razón cuando dice para Blasco y para todo el mundo : «Los aventureros, conquistadores y colonizadores fueron lo peor de cada casa y lo peor del mundo.» Imitarles es una ruindad digna de un «comisionista de lirica».

La política, como mosaico de contrastes, también entra en liza y en el campo de tiro de su razonamiento, directo y constructivo :

«Azaña, dijo, es centralista y unitario, se negó siempre a llamarse federal. Gil Robles, por el contrario, es regionalista, gobierna con el regionalismo y su partido es una federación.» Es que los jesuitas son muy afines al nacionalismo de Guernica y Azaña es afín al sentido unitario jacobino.»

Otro contraste aplastante y arrollador lo ofrece cierta situación de orden propagandístico. «No hay cradores políticos en España desde que enmudeció Castelar, mayo de 1899.» Y así registra siempre la historia: los períodos más nutridos de discursos, mítines y conferencias, son aquéllos en los que se ha disfrutado de menos oradores con talento. «Si Azaña pasó por orador no fué por su talento ni sabiduría, lo fué por su soberbia y vulgaridad, que parece dirigirse a acreedores al descubierto.» Gil Robles, por su lado, campea en la tribuna porque «habla premiosamente y se cree siempre en un juzgado municipal.»

En donde Alaiz no encuentra contrastes es en el espíritu vindicativo y repulsivo de los políticos. Todos, para pegar son unánimes: «Cánovas hacía martirizar y matar con la misma frialdad que Da-

ta, que Azaña, que Canalejas, que Bismarck, que Crispi.» Es el Poder que mata, no el hombre.

Muy inclinado a Stirner y su teoría, tan ignorada y tan digna, dice: «Ahora nos llega la enciclopedia de los mil puños cerrados contra el hombre veraz, solo y rebelde; la petulancia del Estado totalitario contra el único y su propiedad.» Para éste, sin embargo, reserva la victoria final: «Ganarán los que sean nada menos que hombres.» No hombres como Gumersindo de Azcárate «representante de la Institución Libre de Enseñanza, jesuitismo color malva que reza en inglés o en francés y cobra en español», sino por los hombres que cual Proudhon, «luchan contra la propiedad, contra la renta y contra el despotismo toda su vida, muriendo al fin sin ser conocido por los señores de cátedra y yendo a parar a veces el buen jornalero a presidio.»

Alaiz hablaba y «apaleaba con su pluma», con valentía y a discreción. Hablaba..., como decía Almafuerde, para los que mandan y atropellan y para los que se dejan mandar y atropellar.

M. C.

(Continuará).

ENTRE ARRANCAPINOS

PEPE.—¿Has visto, Lauro, que huelga más larga? Hay para inquietarse.

LAURO.—Oh, más duró la de Zaragoza: treinta y seis días...

PEPE.—Ah, pero huelgas como aquéllas se ven pocas. Se recaudaron fondos, se distribuyeron los hijos de los huelguistas por todos los hogares de España, se practicó la solidaridad, se cumplió con un deber de clase...

MANOLICA.—Apaños, remedios que no llegan ni a calmantes del mal. ¿A eso le llamáis cumplir el deber? ¡Va! ¿Cuándo, cuándo se vivirá en espíritu verdadero de clase productora? En Zaragoza y en Pekín, hoy como ayer y como mañana, la única manera de cumplir con su deber social es la de hacer causa común con el estado protestario de los obreros. Las huelgas largas no son más que el reflejo de la pusilanimidad obrera. Treinta y seis días de huelga, ¿por qué?, pues, porque se les dejó solos. Si en lugar de recaudar fondos para los huelguistas y acoger a sus hijos se declarasen en huelga todos los gremios, ninguna duraría más de cuatro días.

El primer día se declararía el gremio, el segundo toda la ciudad, desde las sirvientas has-

ta los preparadores de farmacia, el tercero toda la región y el cuarto todo el país. Veríais cómo se ganaría, y rápidamente.

PEPE.—Eso no puede ser.

LAURO.—Habría que tener una fuerte sindical.

MANOLICA.—¿Pues no están todos los obreros organizados? ¿Qué impediría llevarla a cabo? Lo que ocurre es que no hay aún educación verdaderamente de clase ni sindicalista.

PEPE.—No encuentro la manera de llegar a ello.

MANOLICA.—Y tan fácil como es. No hay más que divulgar el verdadero sindicalismo y tener fe en los productores. Con un poco de esfuerzo, se conseguiría.

LAURO.—En todo caso bien caro pagamos esa ausencia de sindicalismo íntegro.

MANOLICA.—Debemos decir que nos cuesta muy caro esa especie de sindicalismo aguachirado como es el que impera hoy. Sí, aguachirado el de la derecha, el del centro y el de la izquierda.

LOS TRES.—En efecto, todos estamos un poco deslavazados.

LA VIDA Y LOS LIBROS

EL VATICANO CONTRA EUROPA (1)

ESPAÑA Y EL CARDENAL MERRY DEL VAL

EN cuanto Giuseppe Sarto (Pío X), fue puesto en el trono efectivo de Dios, su primer gesto fue el de sacar a Rampolla de la Secretaría de Estado y poner en su plaza al español Merry del Val, germanófilo notorio.

Este, ante el mundo, se caracteriza por la serie de desplantes que provoca. Uno de sus primeros exabruptos, calculados todos, desde luego, tuvo lugar cuando en Francia es elegido para la Presidencia de la República el señor Loubet, el 24 de abril de 1904. A dicho presidente le animaba la idea de hacerle al Papa una visita oficial. El protocolo se opone y en vano algunos prelados franceses se esfuerzan por obtener un apañó de la parte de Pío X. Y aquí Merry del Val surge protestando de ello con la misma altanería que lo hubiera hecho un sereno de pueblo ante unos mozos bulliciosos.

Lo del protocolo era un pretexto; en el fondo Merry del Val no quería que la visita de Loubet fuese aprovechada en perjuicio de la política germano-austríaca, sin la cual no hubiera podido tener lugar la guerra mundial 1914-18. Diez años después el barón Ritter declaraba: «El cardenal secretario de Estado (del Val) no ve cuándo Austria hará la guerra, sino se decide ahora.» Y, en efecto, entonces empezó.

Enterado, dice París, por el conde Palffy, embajador austriaco acerca del Vaticano, Merry del Val declaró en nombre del Papa «lamentar que Austria no hubiese infligido mucho antes a los servios el castigo que merecían». Pegándole a Servia disminuían el poderío de Rusia, detestada por el Papa a causa de su ortodoxia.

Esta información resalta en un documento que el conde Palffy dirigió el 29 de julio de 1914 al conde Berchtold, ministro de Negocios Extranjeros de Austria. (Ved «La politique des jésuites», par P. Dominique.)

El caso no fue único. En julio de 1913, con ocasión de la «Paz de Bucarest», el inclito cardenal Merry del Mal, cual alma de carcelero, esputó: «Austria-Hungría hubiera hecho mejor si para castigar los servios hubiese tenido en cuenta todas las faltas que han cometido.»

Militarote, belicoso, no como español, sino como se decía que eran los indios araucanos, Merry del Val fue quien inició a Pío XII en sus primeros pasos diplomáticos cuarenta años antes de ser papa, cuando era sólo monseñor Pacelli. Conociendo a su maestro no es extraño que el discípulo se haya portado como verdadero amo de vidas y haciendas.

Pero la intromisión del Vaticano, bajo el dominio de esta manada, no se limita a los países de la zona balcánica. España y Abisinia nada tienen que ver con los balcanes ni con las minorías de sus pueblos y, sin embargo, también aquí el Vaticano incita a degüello. La sublevación de Franco, que comenzó en julio de 1936, fue preparada en Italia —eso ya se sabe—, durante la primavera del año anterior, y es Italia quien facilitó, a los sublevados, medios, armas y hombres. Que el Negus era una amenaza fue el pretexto invocado para justificar el ataque a Abisinia, mientras que para España fue el comunismo. Dos peligros inexistentes. Parecidos manejos ya se llevaron a cabo, sin que tuviesen eclosión, entre Mussolini y Primo de Rivera, el año 1923.

Edmond Paris presenta a Mussolini como prototipo de dictadores, «del cual se harían varias copias. Primero, Hitler, después, Franco». De cierta manera, el autor de «Le Vatican contre l'Europe» tiene razón, pero en el fondo y desde el punto de vista nacional, Franco no puede ser comparado a los otros dos. Proporciones guardadas, ni el trono de Hitler ni el de Mussolini se han erigido sobre millón y medio de cadáveres como ha ocurrido en España.

Queda, pues, patente que la operación de los salvajes de la Junta de Burgos es un episodio llevado a cabo por la misma mano que ha dirigido el ataque a Abisinia, la reocupación de Renania, la Sarre, el Anschluss, el reparto de Checoslovaquia, etc. Todo ello forma parte del sueño del Duce, broche del cual debía ser: el dominio absoluto del Mediterráneo.

Si Merry del Val, en tanto que cardenal español, había llegado a ocupar el segundo puesto pontifical del mundo católico y si dicho señor mantenía, animaba e imponía la política de guerra que acabamos de analizar, no es raro que sus subordinados hiciesen lo mismo. Por ejemplo, iniciada la guerra fascista contra el pueblo, el obispo de Cartagena gritó: «Benditos sean los cañones si en las brechas que abren florece el Evangelio.»

Papas como los citados y obispos como éste y como Aksamovike, Burik, Cardijn, Cippico, Cortessi, Cristiani, Dellaqua, etc., hasta una cuarentena, y cardenales como Merry, español; Baudrillart, francés; Canali, italiano; Faulhaber, alemán, que bendijo el campo de Dachau; Seipel, austriaco, el cardenal sin cuartel Puzina, húngaro, y Van Rocy, belga, ¿no se parecen más a una asociación de malhechores que a una religión regida por los Diez Mandamientos?.

Estos son los que han aupado al fascismo en todas las naciones y los que por lo que a España respecta han apoyado a Pío XII para que decorara a Franco con la más alta distinción de la Iglesia católica: la Gran Cruz de Cristo.

Siendo todos de la misma manada se comprende el mensaje de pésame que el caudillo de España por la gracia de Dios, publica el 3 de mayo de 1935, en que Hitler «muere»: «Adolfo Hitler, hijo de la Iglesia católica, ha muerto defendiendo la cristiandad. Se comprenderá, pues, que nuestra pluma no encuentre palabras para llorar su muerte, cuando había encontrado tantas para exaltar su vida. Sobre su restos mortales se hiergue su figura moral victoriosas. Con la palma del mártir, Dios entrega a Hitler los laureles de la victoria.»

Ya hace veintisiete años que los españoles hubieran querido poder enviar el mismo mensaje al caudillo de sus entrañas.

Desde esa toma de posición, francamente pro hitleriana, hasta el catecismo del padre Ripalda, pasando por toda la legislación promulgada por los militares envuelta de incienso y agua bendita, toda España no es más que reflejo de la política impuesta desde el Vaticano. Uno se pregunta si los pinitos de mansedumbre y de «liberalismo» que hace el actual papa no es más que una mascarada, una realización de su guerra en su fase no menos odiosa como es la de la hipocresía, la de la bondad calculada y tesorizada.

Entre las libertades perniciosas que enseña el catecismo del padre Ripalda, figuran:

La libertad de prensa, la libertad de enseñanza, la libertad de propaganda y la libertad de reunión.

Todo ello, según el propio catecismo, para barrer el camino a los trece errores modernos:

Materialismo, darwinismo, ateísmo, pantismo, deísmo, racionalismo, protestantismo, socialismo, comunismo, sindicalismo, liberalismo, modernismo, masonería.

Siempre la ambición de la Iglesia española fue insaciable, a veces insoportable. En ella los jesuitas siempre han guardado cierta preponderancia. En España no se ha esperado al advenimiento de la República para tomar medidas contra los hijos de Loyola. Ya en 1766 Carlos III de Borbón procedió a su expulsión.

Si el clero español hubiese querido, la larga noche de San Bartolomé, que dura desde hace veintisiete años, no se hubiese producido. Si el Vaticano hubiese estado en manos de personass decentes, ya no se hubiese producido la sublevación de julio de 1936.

Después del triunfo fascista en la península y de la derrota hitleriana y fascista, España ha sido y es refugio de toda esa hez de la tierra, como son, por ejemplo, el obispo Saritch, que junto con el obispo Stepinac, Ante Pavelich y sus ustachis, en Servia, elevaron el fusilamiento a la categoría de institución nacional. Como ejemplo ahí tenemos el bando que Abrosio Novak, prelado del convento de Varazdin, hizo publicar en Mostanica: «Servios, todos vosotros estáis condenados a muerte, pero podréis salvaros de ella bajo una condición: que os convirtáis al catolicismo».

Este bando se parece mucho a: «Estoy dispuesto a exterminar hasta la quinta generación, si es preciso fusilare a media España».

Después de bendecir los cañones y publicar bandos tan elocuentes, después de asesinar millón y medio de personas, un hecho fatal tenía que producirse: la Pax Christi en toda la desgranada tierra española. Una Pax Christi que se confunde con una interminable paz de cementerio.

¿Hasta cuando?

M. CELMA

PRECOCIDAD 1963

Una señora va al mercado con su hijo. Al llegar al puesto de frutas, el vendedor acaricia al pequeño y, bondadosamente, le dice:

—Coge un puñado de cerezas, buen mozo.

El niño, aunque no con mucha firmeza, se niega a hacerlo.

—¿Acaso no te gustan las cerezas?, pregunta el vendedor.

—Sí, y mucho.

El hombre coge entonces un puñado de ellas y las deposita en la gorra del pequeño.

—Muy bien, querido —dice la madre a su hijo, una vez alejados del vendedor—, me ha gustado mucho tu cortesía al negarte a coger las cerezas.

—No ha sido cortesía, mamá. Ha sido porque la mano del frutero es mucho más grande que la mía.

Versiones

por DENIS

El gobernador

ERASE un gobernador un poco periodista y un poco poeta. No, excusadme. Un poco poeta, no. Un poco hacedor de versos. Ya sabéis que no es lo mismo. Los hacedores de versos son, en todos los tiempos, muchedumbre. Los poetas, desde que el hombre es hombre, apenas un centenar.

Nuestro gobernador había hecho versos a la Luna, a la amada, a los árboles del paseo, y a una jovencita que no era la amada. Y había publicado, en un diario de su provincia, unos articulillos más o menos de oposición.

Eran los felices tiempos en que unos articulillos así abrían muchas puertas, entre éstas las de un gobierno civil.

Y eran asimismo los felices tiempos en que un gobernador gozaba de su posición en una tranquilidad paradisiaca.

No había conflictos, o eran en todo caso conflictos que en un santiamén resolvía la guardia civil; no había nada que constituyera una preocupación para la primera autoridad de la provincia.

Su misión era asistir a los banquetes, muy frecuentes; a los bailes de sociedad, más frecuentes que los banquetes; y al teatro, cuando lo había, que no siempre lo había.

Nuestro gobernador no se limitaba a cumplir su misión. En las horas que le dejaba libres el cumplimiento de ésta — la asistencia a los banquetes, a los bailes, al teatro —, cortejaba a las mujeres accesibles al cortejo, que, tratándose del gobernador, no eran pocas. Tarea que desempeñaba también — no sé si será necesario decirlo — en los banquetes, en los bailes y en el teatro.

Si la compañía que la no muy buena suerte llevaba a la ciudad contaba con alguna actriz todavía en estado de merecer, el cortejo del gobernador no le faltaba. Habría sido, de su parte, incorrecto. Y de otra cosa podría carecer, pero de corrección, no. Era, al contrario, la corrección en forma de gobernador civil.

Había que verlo en los bailes. Su fineza, su cortesía, eran la admiración de todos. ¡Y qué bien bailaba! Se diría que en toda su vida no había hecho otra cosa. Pero se sabía que había hecho otras cosas. Versos, por ejemplo, que sin duda ahora, que era gobernador, reuniría en un volumen. Y hasta artículos que habían estado a punto de derribar al gobierno. Increíble, pero cierto. Tan fino, tan cortés, tan correcto, tenía sus ideas, que había defendido con la pluma en la mano. Precisamente por eso era gobernador. Se le temía. Se le había dado ese puesto para acallarle. Se le darían otros puestos más importantes para que no pasara al campo adversario. Campo adversario dentro del régimen, claro está. No había que suponerle capaz

de irse al lado de los enemigos de éste. Eso, en un hombre tan correcto, era inconcebible. Eso se quedaba para hombres que apenas tienen educación, ni maneras.

Se le predestinaba para el gobierno civil de una provincia más importante, por lo pronto. Después para una subsecretaría. De donde saltaría fácilmente a un ministerio. Un articulillo, escrito a tiempo, bastaría. Y aun no habría necesidad del articulillo.

Todo eso rodeaba al gobernador de una atmósfera de simpatía calurosa. Se trataba de alguien que tenía ante sí un porvenir brillante. Podría, llegado el caso, hacer mucho por la provincia.

Los pequeños contratiempos con que tropezaba, de tarde en tarde, eran, por esta razón, más pequeños aún. Todo el mundo se desvivía por servirle, por allanarle el camino, por quitar de su paso cualquier obstáculo.

Ganó así, para el gobierno, que nunca las había ganado en la provincia, unas elecciones municipales. La inmensa mayoría de los nuevos concejales eran adictos a la política gubernamental. Se comentó, hasta en los periódicos de la capital del reino, el éxito del gobernador. Porque aquel triunfo no se debía sino a la certera y juiciosa política de éste. Maestro en las lides del periodismo, se revelaba hábil también en el campo — tan lleno de escollos — de la política.

Evidentemente, pasaría al gobierno civil de una provincia más importante, y después a una subsecretaría, y luego a un ministerio. O tal vez, si lograba ganar del mismo modo unas elecciones generales, saltaría directamente a un ministerio.

Tales comenzaban a ser sus sueños, cuando surgió algo que, a su juicio, podía interrumpir su carrera. Era una cosa pequeña, pequeña, sobre la que se habría avergonzado de pedir parecer a nadie. Pero que le molestaba, que le hacía temer por su porvenir. Y no sabía qué hacer, ni si habría algo que pudiera hacer.

Se trataba de esto: Unos obreros, que ni siquiera eran del mismo oficio, habían empezado a publicar un semanario en el que decían las cosas más terribles. No tenerles sin cuidado, sino contra la institución gubernamental en sí, fuese cual fuese, contra el Estado, contra la propiedad, contra otra multitud de principios sagrados, en fin. Habían llegado a hablar — ¡horror! — hasta de anarquía. Todo ello, en términos que no daban motivo alguno para suspender el periódico. Lo que, por otra parte, habría sido muy violento para él, un poco periodista, como el lector recordará.

Se habían comentado ya, en un banquete, algunos artículos del semanario. El gobernador fingió no darles mayor importancia. Un fabricante aseguró que los obreros que redactaban el periódico

eran buenos chicos, algo extraviados. El los conocía. Uno de ellos trabajaba en su casa. Era un obrero ejemplar. Pero había que poner coto a lo que decían. ¿A dónde iríamos a parar si lo que escriben contra la propiedad encontrara eco?

El gobernador vió reflejada, en estas palabras, su opinión. Pero ¿qué hacer? Consultar a la capital, sería, sin duda, ponerse en ridículo. Suspender el semanario, sin más ni más, podía dar lugar a una campaña contra él. Los periódicos enemigos del régimen aprovecharían la ocasión para decir cosas desagradables. Comprometería, sencillamente su posición. Y adiós, entonces, subsecretaría, y ministerio. Mas, por otra parte, si el demanario seguía publicándose, y diciendo las cosas tremendas que decía, el comentario del banquete se repetiría en otro banquete. Se juzgaría que él, el gobernador, no estaba a la altura de su misión, puesto que permitía se atacaran cosas tan respetables como la propiedad.

Era una cosa pequeña, pequeña, pero ¡cómo le molestaba! « He ahí mi porvenir en peligro », pensaba. Llegó hasta no dormir algunas noches.

Una de estas noches, se levantó más temprano de lo acostumbrado, decidido a encontrar una solución. Aunque contra su gusto, consultó a un picapleitos, alto funcionario del gobierno civil, que era una rata de código.

— No hay nada que hacer, excelencia — le dijo el picapleitos —. Pero esos buenos chicos no tar-

darán en caer en las mallas de la ley. La impunidad de que gozan hasta ahora los alentará. Escribirán contra la religión, por ejemplo, o contra el ejército. Entonces los tendremos. Esperemos, esperemos. No hay que impacientarse. Bastará detener al director, cuando se publique el artículo esperado, que no dejará de publicarse, para que el periódico desaparezca.

Días después, el gobernador creyó llegada la hora que el picapleitos le había anunciado.

En la primera página del semanario, y rodeados de una orla, para que el delito fuera mayor, se publicaban unos versos subversivos — él, hacedor de versos, lo vió en seguida —, firmados por un tal Calderón de la Barca. Se decía en esos versos que el hombre es menos libre que los animales. Era, la cosa estaba clara, una alusión injuriosa a la política del gobierno.

El gobernador, sin consultar ya a nadie, dió las órdenes oportunas. E inmediatamente partieron, para la redacción del semanario, varios policías, acompañados — nunca se sabe lo que puede suceder — por una pareja de la guardia civil.

La policía, protegida por la guardia civil, asaltó, sin más preámbulos, el local donde el semanario se redactaba. Y ante el asombro de los buenos chicos que lo redactaban, el que hacia de jefe, dijo:

— De orden del señor gobernador, dése por detenido el llamado Calderón de la Barca.

Los fusiles vascos fueron comprados en Alemania

(Del libro publicado en 1944 por el titulado presidente de Euzkadi, José Antonio de Aguirre y Lecube « De Guernica a Nueva York pasando por Berlín », Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, copiamos las siguientes líneas sin añadir ni quitar punto ni coma (páginas 20 y 21 de la obra) para demostrar que los alemanes preferían el negocio a Hitler):

HABIA terminado el acto de mi jura cuando llegaba apresuradamente del extranjero uno de los dos amigos que enviamos a comprar armas a Francia. El viaje de vuelta lo había realizado en una gasolinera, burlando la vigilancia de los barcos de guerra franquistas. Era Telesforo de Monzón, un joven de mi misma edad, a quien yo había nombrado ministro de la Gobernación del nuevo Gabinete Vasco sin él saberlo.

— Todo está arreglado — me dijo nerviosamente Monzón.

— ¿Arreglado qué? — le interrumpí.

— Lo de la compra de armas — me contestó —. Dentro de pocos días llegarán de Hamburgo cinco mil fusiles y cinco millones y medio de cartuchos.

— Pero ¿qué estás hablando? — le repliqué asombrado —. ¿De Hamburgo?

— De Hamburgo, por mucho que te asombres —

añadió Monzón —. Nos las han vendido los alemanes.

Todo aquello era demasiado incomprensible para mí. No me cabía en la cabeza que los alemanes nos vendieran armas para defendernos contra Franco, y en cierto modo contra ellos, que eran sus aliados. Decididamente, empezábamos a vivir en un mundo sin lógica, que andando el tiempo iba a proporcionarnos los ejemplos más estupendos de contrastado.

— Así es, aun cuando te extrañe. En Francia no había nada que hacer. Nadie quería oírnos hablar de vender armas. A los ingleses hasta les escandalizaba la idea. No hemos tenido más remedio que irnos a Hamburgo, donde unos agentes alemanes nos han vendido esas armas, que vienen de Checoeslovaquia.

Y lo más extraordinario fué que llegasen a nuestras manos. En un puerto francés fueron trasbordadas las armas del buque escandinavo que las condujo, al pesquero vasco que hubo de transformarse en barco fantasma para traerlas a Bilbao. Las maniobras del trasbordo fueron por demás complicadas, pues hubimos de valernos de toda clase de estrategias para que las autoridades francesas no se enterasen de que los pobres vascos habíamos adquirido armas para defender los principios democráticos que ellos sustentaban, etc., etc.»

« FEO »

Historia de un perrito español

ESTOY aquí. Aunque lloro desesperadamente me siento optimista. He pasado un trance extraño. Se trata de algo que puedo explicar de un modo muy sencillo : He dejado de ser esperanza para ser motivo de amor; un motivo de amor que, al sentir la lengua enternecedora de mamá, se entusiasma y se entrega por completo a arrancar un precioso jugo blanco de sus queridos pezones.

Creo que el mundo está completo. Estoy seguro de que la creación es perfecta. Siento junto a mí empujoncitos a los que no haga caso. Yo empujo también. No sé de qué se trata, ni puedo ver más allá de este ansia de calor y de alimento. Sé que soy una criatura feliz.

No sé de qué está compuesto el tiempo. No tengo noción de la luz ni del pesar. Mi oscuridad tiene una imponente alegría porque estoy alumbrado por un candil de conformidad. Nada hay tan importante como estar asido a las tetitas de mamá. Es como estar allá dentro, atado a su ser, esperando cambiar de fase, como la luna. Lo importante es estar siempre unido a mamá, sea por lazos umbilicales, por los lácteos o los del amor.

Acabo de sentir sobre mí un peso desolador. Es el peso de una forma de amenaza. La angustia oprime mi corazón y mi cabeza se llena de imaginaciones sombrías. Mil aullidos encadenados escapan de mi boca de silbato. Siento el contacto de una materia viva, pero extraña, desconocida... Pierdo la proximidad de todo lo amado y conocido. Un mundo nuevo me hace frente. Y yo, que no estaba preparado, me horrorizo. ¿Es que no expresan mis lamentos, mis quejidos, mis aullidos todos, este sordo temor por esa masa que me aprisiona? Sin querer, ni pretenderlo siquiera, sé que oigo, aunque no entiendo nada de lo que se dice; bien poco me importa y, ni aun comprendiendo algo, nada me importaría más que este sentimiento que me domina : ¡Mamá!

Lo que oigo no se parece en nada a lo que huelo, a lo que siento o a lo que sencillamente imagino.

— ¿Es perro o perra?

Sobre mi barriguita pasa una corriente de aire tibio.

— Perro.

— Y... ¿tú por qué lo sabes, papá?

— Que te calles, niño...

— ¡Tiene sueño!

— No : tiene frío.

— ¿Por qué no abre los ojitos, mamá? Déjame que lo tenga en mis brazos.

— No, hija, que la madre... ¡Mira cómo está la madre!... ¡Devolvedle ese bicho!

Desciendo. Descender hasta mamá es como subir al cielo. Desaparece todo mi temor. Y el de mamá también. Ensuentro de nuevo un pezón consolador y aquellos empujoncitos que, aunque me enojan con frecuencia, me van siendo ya queridos.

Mamo... Pero tengo un sentimiento que me quita una parte de mi felicidad : temo. Temo a lo que hay por encima : presencias, sonidos, sensaciones; todo negro y volandero, como los murciélagos. Sigo mamando sin poder evitar la amenaza del peligro y por eso, cuando lloro, cuando llamo a mamá, lo hago con notas más sensibles, notas que romperían el corazón de un nombre duro o de una montaña.

He oído un fandanguillo. No puedo explicar lo que es eso, pero puedo decir que lo que de él se desprendería puede identificarse con la clave sentimental de mi vida.

— ¿De qué raza es?

— Vete tú a ver... Como la madre es tan callejera...

— Pues parece lobo.

— ¡Lobo! Si a eso le llamas tú lobo...

— Es que yo, como entiendo tan poco de perros...

— Entonces, cierra el pico.

— ¿Cómo se llama?

— Feo.

— ¿Feo?

— Sí, Feo.

La caterva se ha reído. No sé qué relación puede haber entre lo de « feo » y mi pequeña existencia. Yo me reí cuando, al nacer, me encontré en un mundo tibio de amor. No comprendo por qué criatura alguna se pueda reír por otra cosa. Presiento que se habla de mí. A causa de cinco dedos, cinco escalofríos han recorrido mi ser para recluirse luego en mi rabito. Y una voz que me asusta menos que otras ha susurrado junto a mi hocico :

— ¡Pero es tan gracioso!

No tengo idea de lo que el tiempo es; pero puedo apreciar algo del orden en que los acontecimientos se han ido desarrollando y recuerdo que una vez se murmuró por las alturas :

— Se acaba de despertar. Y en cuanto despierta, mira... mira cómo él y sus hermanos traen a la madre loca. No tienen conciencia. La van a secar. ¡Pobre perra!

— ¡Ocúpate tú de tus hijos y deja los de mi perra!

Desperté con desasosiego. Comprendí que había estado en algún lejano país, pero no recordaba haber echado de menos a mi madre. Seguía alumbrando mi vida el candil de la conformidad a lo conocido. Mamá estaba tan cerquita, tan en mí, que podía decir que siempre había estado dentro de ella. Si alguna vez su dulce y cálido aliento se alojaba, me bastaba aumentar el timbre de mis aullidos para sentirlo inmediatamente sobre mí. Todavía me confundo pensando en ese bandido encantador del sueño...

Tengo ojos... ¡Yo tengo ojos! Tengo dos ojitos que me sirven como dos lucecitas. Me alumbran hacia adentro, alimentándose de lo que ven. El espectáculo más hermoso que jamás he contemplado es mamá. No puedo describirla porque me dan ganas de llorar de alegría. Mamá es un templo, el lugar de adoración que más se acerca a Dios. Y yo adoro, sujeto a mamá, la ley de vida que en mí se ha sido escrita. Los ojos de mamá hablan de pureza de sentidos, de amor sin mistificaciones. Ninguna voz de esas de por lo alto, ningún sonido de esta creación de tablas y sacos viejos podrá expresar nunca la delicada sinfonía del corazón de mamá.

— Feo, Feo...

Mi corazón da un brinco. El pavor me arrebuja en mamá. Mamá gruñe de un modo que, si fuese contra mí, me espantaría más que el pánico que me domina... Pero ese gruñido es mi coraza y mi escudo.

— ¡Niñooo! Te he dicho mil veces que no te acerques a los perros. Estoy de niños y de perros hasta la coronilla.

— Pero, mamá, si no me acerco.

— No repliques y apártate. Esa perra es una loba.

— ¿Por qué, mamá?

— Que te quites de ahí, te he dicho.

— Pues me voy a jugar con Rafaelito, el zapatero.

— A ver si vienen a llevarse estos perros. A ver si los tiran al río, que para perros y pobres ya está bien la cosa.

Esas voces me producen un profundo terror. Parece como si en la garganta se me pusiera toda la vida. Mamá se inquieta. Alza su cabeza y da respingos: sus pezones se salen de mi boca y ya hago preguntas sin sentido, dirigidas a techos que no me amparan.

— Bueno... ¿Qué vamos a hacer con ellos?

— Tirarlos en un saco y con dos piedras...

— Se dan y listo.

— ¡Al río!

— Maldita sea la hora en que naciste.

— ¡Canalla!

La leche de mamá me sabe a hierbas amargas.

Me gustan los colores, los olores y, algunas veces, las moscas. Fué una mosca tozuda quien despertó mis ansias de juego. Pero mi cuerpo es pesado y mis patas no me sostienen.

Mamá huele a hoguera encendida con troncos de árboles milenarios. Mis hermanitos son brotes de primavera reventando en el capullo de sus propias vidas. El silencio es algo que se rompe hiriendo mis sentidos. La alegría es el triunfo de mi esfuerzo por asirme a mamá. El calor de su vientre es una fortaleza de ternura. Los ojos de la caterva amedrentan. El hombre habla poco. La mujer, mucho y mal. La niña es tierna como un tronchito. El niño ordinario y cruel. La casa de esta gente no es mucho más grande que la mía, ni más hermosa. Juego mucho. Si mi sangre pudiera traducirse en palabras, bastaría una sola: jugar. Pero mamá está triste. A ella le agrada sabernos inquietos y puguetones. No nos dice que sufre, que un dolor al acecho la hace desgraciada... Mis hermanitos y yo nos revolcamos en la plenitud de la alegría y el regocijo. Sólo nos detenemos, instantáneamente, con el frío en las orejas ante el sonido de motor oculto que se produce en el pecho de mamá. De súbito reanudamos nuestros juegos con mordiscos que expresan toda clase de alegres manifestaciones.

— ...da lástima.

— Más lástima es que cojamos aquí una cosa mala con tanto perro.

— Mujer, ¿qué daño te harán?

— Te he dicho que no los quiero. Si los hubieras tirado cuando tenían los ojos cerrados, hubiera sido mejor.

— Esperemos a ver si los quieren los de López.

— Tanto pedir perritos y ahora, cuando esos bichos han exprimido a la madre, nadie los quiere. Vaya una gracia...

— No tienen formalidad.

— Lo que pasa es que son unos chuchos horribles.

— Si no hubieras dejado a la perra tanto tiempo en la calle.

— Sí, sí, ahora seré yo quien tiene la culpa. Ella era la que cogía el portante y se iba...

— Porque la pegabas.

— Porque me miraba de un modo...

— No hablemos más de esto. Estoy harto.

— Más harta estoy yo.

MIGUEL R.

(Continuará.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

De caqui y engreído

De caqui y engreído, bajo palio,
por mansurrona arrogancia, el clerical panzudo,
con gesto de divino estrafalario
hizo, al salvar a España, lo que pudo...
... ¡y más!

Vistió la azul camisa y la boina
roja encasquetó fundiendo gestas y divisas;
se entronizó con salerosa gracia divina
y al ateo de la cruz gamada le hizo misas...
... ¡y un ademán! (1).

Que porque arriba España muy arriba
está el genio emperrado en agarrarse a lo que
[puede.

¡No importa si ha quedado como criba
el suelo de la patria! Y si hiede...
...¿qué más da?

Itálicas fanfarras fascistoides
de musas mussolinicas pimpantes
hicieron impacto de espermatozoides
en las entrañas de esa Iberia de tunantes...
...de verdad.

Y el dulce general de gesto tierno y brusco,
claudillo (2) de legiones arabescas,
hidalgo de la cruz, y del buen chusco,
armó su San Quintín y, armando grescas...
...ganó su pan.

Va un cuerno de centuria en la centuria
de los santos mangantes de este suelo,
exaltado en poderes que la curia
romana le otorgara por órdenes del cielo...
... ¡alemán!

Embotado quedó tanto botafumerio,
del mucho incienso por arriba y por abajo;
llegó al trono con humos de sepelio
haciéndose su bola, escarabajo...
...¿o alacrán?

La curia...na...cional vio en él la esencia
de entrañas soponciópicas y hieles
que dieran al país, con su presencia,
hastio beatísimo de fieles...
... ¡sin pan!

Y él vió en la iglesia el carromato
donde con juramentos de rutilantes gualdrapas
pudiera ser, de su pueblo, el tío guapo
y su augustísima consorte, la guapa...
... ¡del collar!

Perdió la guerra el Eje y él, buen hijo
de un sistema que a todo se cobija,
a aquel que odió, por puro amor bendijo,
y abrió el cepillo, sin dar papel de lija...
... ¡al dólar!

Se puso bien las botas y ella los chapines;
los suyos se llenaron borceguies, como ratas
del desván nacional que asaltan para hacer de los jar-
[dines

un suelo miserable de gente en alpargatas...
... ¡si las « han »!

En ámbitos celestes, ¿qué piensan los caídos,
los tirados, los segados, los talados,
los pelados, los abofeteados, los partidos
por medio y la mitad... Sin chales, los « alados »... (3).
...¿qué dirán?

¿España deseó un yugo? ¡Pues tiene bien los grillos!
¡Arriba fosas, barrotes y rosarios!
¡España quiso, y ya lo tiene, su claudillo, (2)
artífice de embalses... de sangre y de osarios...
... ¡además!

De caquí y engreído por el « money »,
con empaque de paquete y no monarca,
a quien le atasca de dólares el arca... (4)
... ¡el Tío Sam!

España sigue arriba, sigue a flote,
sigue aupada en calma extática, absoluta :
al sur el abandono, exilio que tira por el norte
y en el alma el marasmo de una p...
... ¡de bataclán!

PEPE-JOSE

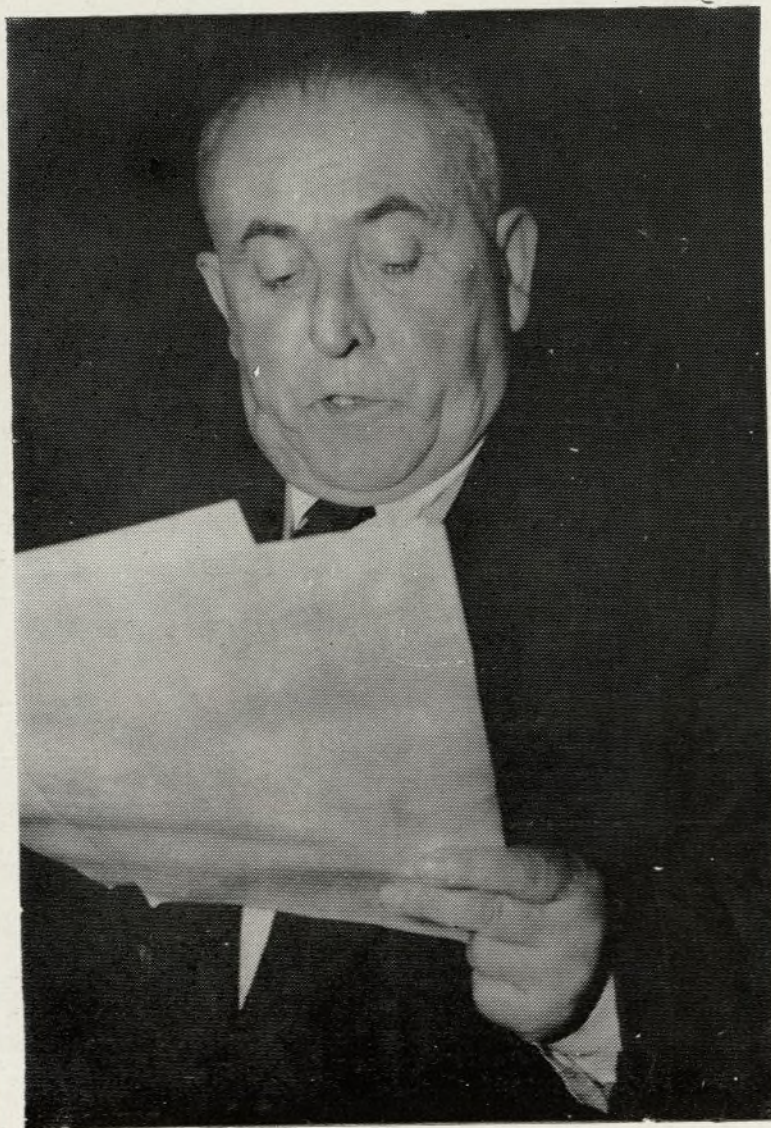
(1) Corte español de mangas.

(2) Si sobra alguna letra, quítala tú, lector.—N.D.L.R.

(3) « Alados », con *che* de chal.

(4) Base de cambio : Bases.

"Hay una subversión popular, colectiva o individual, que no puede traspasar ciertos límites porque los gobernantes hoy y los que quieren gobernar mañana como políticos proletarios no quieren que se sobrepasen"



de las
obras

de

ALAIZ



«Tipos españoles» 5 frs

«Quinet» 5 frs

Pedidos a nuestros servicios de librería



Angel Sa
serpen
ruana.
Felipe Al
Finster: I
zas de
D. A. de
ca salic
Puyol: I
mar.
S. M. Ne
zas.
Abarráte
pargata
El origi
F. Ocaña
Vatzlav
tros día
Han Ryn
Voline: J
masa.
M. C.: El
Miguel C
libros.
Miguel R
perrito
Denis: El
ber Sisi
lidia.

1

REVIS
PRE